
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
CUANDO LOS MUERTOS NO MUEREN
Ada Coretti
GANE 1 MILLON DE PESETAS



ST
SELECCION
TERROR

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMA AUTORA EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Selección Terror

ADA CORETTI

CUANDO LOS MUERTOS NO MUEREN

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 608
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 5.703 - 1985

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: marzo, 1985
1ª edición en América: septiembre, 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1985

PROLOGO

Douglas Pooland y Charles Sontreux se hicieron amigos en Oxford. De la misma edad e idénticos gustos, todo fue siempre sincera camaradería y leal amistad entre ellos.

Pero los estudios dieron fin y tuvieron que decirse adiós.

Douglas Pooland había nacido en el norte de Inglaterra y Charles Sontreux en el sur de Francia. Iban a ser, pues bastantes kilómetros los que les separaran.

No obstante, el Destino tenía escrito con letras rojas, sin duda de sangre, que volverían a verse.

Y sí, en efecto, unos años después se encontraron de nuevo. Del modo más impensado.

Para entonces, Douglas Pooland había heredado una cuantiosa fortuna y tenía una esposa guapa y atractiva que se llamaba Lauren. En cuanto a Charles Sontreux, se había arruinado y tenía una esposa feúcha y pecosa que se llamaba Margot.

Volvió a revivir la hermosa amistad de otros tiempos.

Y sucedió que Douglas Pooland invitó a su amigo y a su esposa a que fueran a pasar una larga temporada a su mansión de la localidad de Pamellggors.

—Por favor, no digáis que no —intercaló la guapa y atractiva Lauren.

Charles Sontreux y su esposa aceptaron el gentil y tentador ofrecimiento. ¡Cómo no, si lo estaban deseando!

Ya en Pamellggors se quedaron, como vulgarmente se dice, con la boca abierta.

Aquella mansión era grandiosa, impresionante. Digna ciertamente de todas las alabanzas. Constaba de cinco lujosos salones, biblioteca, despacho, sala de música y de diez amplios dormitorios.

Rodeaba la casa un extensísimo parque y se descendía a éste por una ancha escalinata de mármol que casi hacía pestañear. Unas columnas, asimismo de mármol, imprimían una belleza exquisita a la entrada de aquella propiedad.

La alta verja que acotaba la inmensa finca, sugería la idea de que aquello era un paraíso, el lugar ideal de unos seres privilegiados, pero de nadie más.

Douglas Pooland, sin embargo, era un hombre cordial y generoso con todos sus amigos y conocidos, que se complacía en hacer favores y en prestar ayudas, por lo que puede decirse que las puertas dé su mansión se hallaban abiertas para todo el mundo.

Que era cordial y generoso acababa de demostrarlo una vez más. En esta ocasión con su amigo Charles Sontreux y con Margot, su

esposa.

Una esposa que, dicho sea de paso, no terminaba de caerle bien. Pero se trataba de la mujer de su mejor amigo, así que no quiso detenerse en consideraciones que bien mirado no venían a cuento.

En realidad, sucedió lo siguiente:

Ante aquella invitación Margot se sintió plenamente dichosa y agradecida. Pero esto al principio, sólo al principio. Luego se dio cuenta de que estaba muerta de envidia.

Muerta de envidia por el dinero de Douglas Pooland y por la belleza de Lauren, su esposa. La belleza de Lauren hacía que resultaran aún más escasos sus encantos físicos, y el dinero de Douglas motivaba que ella comprendiera que su marido era un hombre que no podía ofrecerle nada que valiera la pena.

Así, de este modo, no hizo falta que transcurrieran muchos días para que la envidia que sentía Margot se hiciera terrible, aplastante, y a la vez avasalladora y escalofriante. Hasta notar que le roía el cuerpo y el alma.

Y así estaban las cosas, cuando una noche Margot se levantó de la cama, no podía dormir. Y se acercó a la ventana, mirando hacia el exterior.

Fue entonces cuando vio que Lauren descendía la escalinata de mármol y se adentraba en el parque. Llevaba en la mano un pequeño maletín.

El primer pensamiento de Margot fue: «Debe tener un amante. Voy a averiguarlo...»

Y tras acercarse a la cama y asegurarse de que Charles dormía profundamente, se puso una bata, abrió sigilosamente la puerta del dormitorio y salió de allí.

Poco después, ella también estaba en el parque. Y lo cierto es que había abierto desmesuradamente los ojos, presa de enorme pasmo, al ver qué es lo que Lauren estaba haciendo...

Margot la había seguido a través de los árboles y arbustos, hasta llegar mucho más allá, junto a un parterre. Este era de forma ovalada y en su centro crecía un encantador y romántico sauce.

Lauren había recogido una pala para hacer un profundo agujero al pie mismo del sauce, y ahora se disponía a meter el pequeño maletín de cuero.

Pero antes de hacerlo, Lauren abrió el maletín y sacó de allí la bolsa de plástico que contenía. A su vez, abrió la bolsa.

Fue entonces cuando Margot, presa de enorme pasmo, no pudo menos de abrir desmesuradamente los ojos. Había visto que la bolsa de plástico estaba llena de fajos de billetes. En total, indudablemente, una cifra fabulosa de dinero.

Pasados unos instantes, Lauren cerró la bolsa de plástico,

reduciendo su tamaño, la metió de nuevo en el maletín de cuero y luego colocó éste a su vez en el agujero.

Un par de minutos después la tierra lo había cubierto todo.

Lauren aplastó bien la tierra para que nadie pudiera sospechar que había sido removida. Tras echar una última ojeada y Convencerse de que nadie daría con aquello, se decidió a regresar a su dormitorio.

Margot, escondida hasta aquel momento tras un tupido arbusto, se apresuró a hacer lo mismo, pero antes, por descontado, que la mujer a la que había espiado. Se trataba de no quedarse en el jardín.

Ya escaleras arriba, Margot se dijo que era dueña de un maravilloso secreto. Y se aprovecharía de ello, claro que sí. ¡Una oportunidad como aquella no se presentaba todos los días!

¿Charles la ayudaría? Se lo preguntó a sí misma mientras miraba a su marido, que seguía durmiendo profundamente.

Margot se dijo, a pesar suyo, que no podía contar con él. Charles era débil, no tenía carácter, valdría más que actuara por su cuenta.

Hasta el día siguiente no sucedió nada de particular. Pero sí sucedió durante aquella mañana, y fue Margot, precisamente ella, quien sorprendió la conversación. Una conversación entre Douglas Pooland y su guapa y atractiva esposa. Se hallaban en la sala de música y creían que nadie les oía.

Margot había pasado casualmente por allí, y como sea que la puerta se hallara entreabierta, pudo oír lo que hablaban, lo que decían.

—He estado en el banco. Me he enterado de que has retirado una elevadísima cantidad de dinero... ¿Qué tienes que decirme? —Ia voz de Douglas Pooland acababa de pedir una explicación, pero lo hizo como quien pide una limosna.

—Es sencillo de responder —fue clara y rotunda la respuesta de Lauren—, Voy a abandonarte. Amo a otro hombre, ¿sabes? Y lo he decidido, voy a irme con él. Y no, no quiero irme con las manos vacías...

—¿Vas a abandonarme? —Ia voz de Douglas Pooland había temblado—. No puedo creerlo. Sabes lo mucho que significas para mí. Sabes lo mucho qué te quiero...

—Lo sé, y créeme que lo lamento. Pero no he podido evitarlo; el impulso que me lleva hacia ese hombre es más fuerte que yo misma. Y sí, voy a irme con él.

—Y con mi dinero —murmuró Douglas Pooland—, que sin duda habrás escondido en algún lugar muy seguro.

—Sí —reconoció Lauren.

—¿Y cuándo vas a irte...? —preguntó él tras una pausa, amargo y dolorido su tono.

—Aún no lo sé.

—Hagamos un pacto —le propuso él.

—¿Un pacto? —se sorprendió Lauren.

—Yo no daré un solo paso para impedir que te lleves ese dinero. A cambio…

—A cambio, ¿qué? —preguntó ella.

—Me acompañarás al lugar donde pasamos la luna de miel, para así, juntos, recordar la felicidad de aquellos días.

—¿Qué íbamos a ganar con eso? —preguntó Lauren—, Recordando no arreglaremos nada; lo que pasó ya no puede volver.

—Te lo ruego, querida. Acepta mi propuesta, no me digas que no.

—Pasamos la luna de miel junto a unas cataratas… No estarás pensando en echarme abajo, ¿verdad?

—Antes de hacer una cosa semejante, me tiraría yo. Lo sabes bien, querida.

—Sí, lo sé —admitió Lauren—. Perdóname, te lo ruego. No he debido decir eso.

—Qué, ¿aceptas mi propuesta? —Desde luego no mermaba la indecible amargura de su voz—. Por favor, no mates mi última esperanza. La esperanza de que aquellos recuerdos te hagan cambiar de parecer.

—De acuerdo —terminó concediendo Lauren—. Haremos lo que has dicho. Pero no debes hacerte ilusiones, lamentablemente.

Margot se retiró de la puerta. Ya había oído suficiente. No necesitaba oír más.

Tenía ya decidido lo que iba a hacer. Y lo haría cuanto antes.

Fue a ver a Sam. Un hombre que vivía en Pamellggors, o mejor dicho, antes de llegar a la localidad. Vivía en una planta baja, solo, entre miseria y suciedad.

Fue de noche, asegurándose bien de que nadie la viera.

Sam era un sujeto de unos treinta y cinco años, de expresión vulgar y soez, y de torva y escurridiza mirada. Había estado mucho tiempo en la cárcel por haber violado y dado muerte a una niña de doce años.

Nadie le saludaba. Nadie quería saber nada de él. A excepción de Mickey Fidd, el grueso dueño de la posada, que solía encargarle algún trabajo de vez en cuando. Le pagaba lo menos posible, pero Sam nunca decía que no. Necesitaba aquellos billetes para subsistir y para poder comprar de vez en cuando algunas botellas de vino.

Lo dicho, Margot fue al encuentro de aquel hombre. Era la clase de sujeto que necesitaba.

Debía exponerle con absoluta claridad, descaradamente, lo que quería de él. Que matara a una persona. Le pagaría dos mil libras.

—¿Dos mil libras…? —Y para Sam fue como si le ofrecieran el tesoro de las Mil y una Noches. Pero sintió miedo y negó con la

cabeza—. No quiero líos... En la cárcel se está muy mal...

—Nadie sospechará de usted. No existirá móvil...

—¿Con quién estoy hablando? —preguntó Sam, aunque ya la conocía' de vista, y sabía quién era.

—Mi marido y yo estamos pasando unos días en la mansión... No le digo qué mansión, es innecesario, ¿no? Es la única de estos alrededores. El señor Pooland y su esposa nos han invitado, a mi marido y a mí... Se trata —puntualizó— de que la mates a ella... —Y había en Margot una frialdad horrible, peor que hecha del más puro hielo.

—No, no... —negó Sam nuevamente.

—Por dos mil libras yo pondría una bomba en el propio palacio de Buckingham —dijo inesperadamente una voz.

Margot se sobresaltó. No creía que hubiera nadie más.

Acababa de ver a una mujer, evidentemente ciega. Mal vestida y llena de suciedad, extendía los brazos hacia adelante para no tropezar.

—Es mi madre —repuso Sam—. Ha venido a vivir conmigo.

Tenía aspecto de vieja prostituta.

—No quiero líos —repitió Sam.

—Si no lo haces, te escupiré en la cara —dijo la vieja.

Sam acabó diciendo que sí, que de acuerdo. Y le pidió a Margot que le hiciera saber cómo y cuándo debía hacerlo. Mientras tanto, había sacado de su bolsillo una navaja, que abrió con un «cric» tan elocuente como amenazador.

Margot advirtió:

—No quiero fallos. Así que tendrás que darle quince navajazos. Ni uno menos. He de estar segura de que la matas.

—Supongo que cobraré por adelantado...

—Cobrarás después de haber matado. Pero te dejaré como prenda, para que veas que juego limpio, esta pulsera de oro. —Se la sacó de la muñeca entregándosela—. ¿De acuerdo?

—Sí, sí —dijo la vieja, anteponiéndose a la respuesta de su hijo.

Aquella noche Lauren salió a pasear por el parque, como solía hacer.

De pronto, Sam surgió de entre la sombra de los árboles, de la sombra de los arbustos.

Y resultó alucinante la rapidez de aquella reluciente y recién afilada navaja.

Realmente alucinante, porque antes de que Lauren pudiera darse cuenta de lo que sucedía, el cortante filo se había ya hundido en su cuerpo una y otra vez.

Una y otra vez, hasta dejarla convertida en un colador ensangrentado.

Instantes después, Lauren ya no vivía. Se había ido de un mundo al otro sin tiempo para nada.

Sólo, en realidad, tuvo tiempo de abrir los ojos y la boca.

Y así se quedó.

*

En cuanto le fue posible —lo primero había sido atender al desconsolado viudo—, Margot fue en busca de su tesoro. Había llegado el momento ansiado.

¡Pero hizo un agujero junto al encantador y romántico sauce y allí no había nada...!

Margot creyó enloquecer de angustia, de desesperación, de rabiosa impotencia.

Siguió buscando, pero todo resultó inútil. El maletín de cuero no estaba allí.

A Margot no le tocó otro remedio que sincerarse con su marido. Lo hizo por la noche, cuando se quedaron a solas en el dormitorio.

—¿Qué dices? ¿Qué dices...? —se horrorizó Charles—. ¿Que tú tramaste la muerte de Lauren...?

—Sí —asintió ella—. Vi el dinero que contenía el maletín y la ambición me cegó. —Al poco añadía—: Tengo que pagar a ese hombre, al que la mató... Si no lo hago, corro riesgos... Le dejé mi pulsera de oro...

Charles se sentó en la cama y ocultó el rostro entre las manos. Así permaneció largo rato.

Finalmente prometió:

—Te ayudaré.

—Gracias, Charles.

No les fue posible conseguir las dos mil libras, ni siquiera la cuarta parte. Aun así, Margot pudo recuperar la pulsera de oro que había dejado en poder de Sam. Este la vio pálida, casi lívida y comprendió que era verdad que algo había salido mal. Por lo demás, con lo recibido tenía ya para muchas botellas de vino.

Unos días después, Charles Sontreux y Margot se despedían de Douglas Pooland. Les esperaba su casa en el sur de Francia.

*

Charles y Margot habían tenido una niña. Una niña que contaba ya nueve años, y era rubia, muy bonita.

Margot no la trataba con demasiado cariño, parecía empeñada en descargar en ella todo su mal humor, todas sus frustraciones, todo aquello que creyó conseguir y que en el último momento, cuando lo

creía suyo, resultó inexistente.

La verdad es que la ambición había cegado a Margot, y que ya nunca volvería a ser la que había sido.

La niña se dolía, se resentía del trato poco cariñoso de su madre y por eso, a pesar de su temperamento desenvuelto y simpático, se recogía cada días más en sí misma. Como un caracol que empezara a estar temeroso de asomarse, de todo.

Bueno, de todo no. Yvonne, que así se llamaba la niña, quería a su padre. Era su padre, no cabía dudarlo, la debilidad de su vida.

En fin, que la vida seguía adelante y que el pasado parecía que empezaba, si no a olvidarse, sí a borrarse un poco.

Hasta que un día, un día cualquiera, Yvonne manifestó:

—Yo estoy casada. Tengo marido…

Pronunció estas asombrosas palabras en la sobremesa, mientras sus padres se servían el café. Las pronunció con la mirada como perdida en el aire, en el espacio.

—¡No digas estupideces! —exclamó Margot.

—Es la verdad, estoy casada —insistió Yvonne—, Y mi marido es un hombre muy rico… Se llama Douglas Pooland.

Su madre se sobresaltó. Su padre también. Ambos respingaron aparatosamente.

—Nuestra casa —añadió la niña— es una gran mansión. Tiene cinco lujosos salones, biblioteca, despacho, sala de música y diez amplios dormitorios. Rodea la mansión un enorme parque y se desciende a éste por una ancha escalinata de mármol. Unas columnas, asimismo de mármol, dan una belleza exquisita a la entrada.

Margot se quedó estremecida, asustada. Aterrada más bien. ¡En aquella casa, en el sur de Francia, nunca se había mencionado el nombre de Douglas Pooland, ni se había hablado, en ningún momento, de aquella regia mansión!

—No sabes lo que estás diciendo… —musitó Margot; pero lo sucedido no tenía explicación alguna, y se sintió bañada en sudor.

Lo peor, sin embargo, fue por la noche. Charles y ella oyeron hablar en voz alta a la niña. Debía tratarse de alguna pesadilla.

Fueron a tranquilizarla y entonces oyeron lo que decía, pero no en francés, sino en inglés. En un perfecto inglés.

—Temía que el dinero no estuviera seguro en aquel agujero junto al sauce. Por eso lo cambié de sitio… Pero el hombre que me mató, me cosió a navajazos…

—¿Te das cuenta? —inquirió Charles, y temblaba como si se hallase aterido de frío—. Se expresa en inglés…

—En su colegio no enseñan idiomas —dijo Margot.

—Ya lo sé.

—Es incomprensible…

—Y habla como si fuera Lauren —resaltó Charles—. Como si fuera la propia Lauren…

Al día siguiente, Yvonne volvió a decir y a asegurar que ella estaba casada y que su verdadera casa se hallaba situada en el norte de Inglaterra, en la localidad de Pamellggors.

—No quería admitirlo —murmuró Charles, finalmente— pero… pero…

—Pero ¿qué? —inquirió Margot.

—Esto parece un caso de reencarnación.

CAPITULO PRIMERO

Douglas Pooland, muy envejecido para sus años, se adentró en el despacho del detective Carl Harnett. Este había salido a recibirle con el gesto abierto y la mano extendida.

—No le esperaba tan pronto, señor Pooland.

—He venido lo antes posible.

—Sí, claro. Ya me ha dicho por teléfono que su caso es urgente. Pero, por favor, tome asiento. —Y le indicó uno de los dos sillones colocados ante su mesa de escritorio.

Ya acomodado, Douglas Pooland manifestó:

—Si no recibo asesoramiento y ayuda, no me veo capaz de enfrentarme a lo que...

—Estoy a su disposición —repuso Carl Harnett.

Este era un hombre joven, de unos veintiocho años, muy alto, de fuerte complexión. En su rostro destacaban los ojos, pardos, escrutadores, acerados, que al mirar daban la sensación de taladrar.

—El asunto se remonta a hace diez años, cuando mi esposa Lauren fue asesinada...

Douglas Pooland le refirió lo acaecido en aquellas fechas, y aunque no omitió nada importante, tampoco se dilató en pormenores superfluos. Le hería y le trastornaba profundamente el rememorar todo aquello.

—¿Y bien...? —inquirió Carl Harnett al quedar expuesto el pasado.

—La policía no dio con el asesino —prosiguió diciendo Douglas Pooland, comprendiendo que en realidad no le quedaba otro remedio que seguir hablando de todo aquello—. Se sospechó de un hombre de malos antecedentes llamado Sam, que vivía no lejos de la mansión, pero, ¿y el móvil? Un hombre de esas características mata para robar y a mi esposa nadie le quitó la cadena y la medalla de oro que llevaba, ni tampoco el anillo de boda. En fin, que el asesino no dejó pistas y que... —se interrumpió antes de concluir—: Aún así, yo siempre he tenido el presentimiento...

—Dígame.

—Es sólo un presentimiento —subrayó.

—De acuerdo, sólo es eso. Le escucho.

—Siempre he recelado de Margot, de la esposa de mi amigo Charles. No sabría decirle exactamente por qué, pero en ella había algo que no me gustaba, algo desagradable que se le escapaba por la mirada. —Y agregó—: El dinero que mi esposa sacó del banco, no apareció por ninguna parte... Por más que se buscó, nada. Siendo que quizá Margot averiguó dónde estaba y abrió la puerta de la verja para que alguien se colara en el parque y matara a mi esposa. En tal caso,

el secreto sería sólo suyo y suya sería, pues, aquella fortuna.

—¿No pudo olvidarse de cerrar la puerta de la verja el sirviente al que le había sido asignado tal cometido?

—El sirviente, fiel a toda prueba, aseguró que la había cerrado.

—Cabe que creyera haberlo hecho y que no lo hiciera.

—Cabe —admitió Douglas Pooland—. Por lo demás, debo decir que me he ido enterando, a través de los años, de la vida que han llevado. Me refiero a mi amigo Charles y a su esposa Margot... Y lo cierto es que desde aquella época han vivido y siguen viviendo con estrecheces. De lo que se desprende que ella no se llevó el dinero. Aun así, se lo he confesado con toda sinceridad, tengo el presentimiento de que... --no acabó la frase.

—Hasta este punto —dijo Carl Harnett— creo haberlo entendido todo, todo donde es posible, claro. Pero lo que no entiendo bien es lo que a estas alturas puede usted querer de mí.

—No me he expresado con la debida coherencia —se hizo cargo Pooland, y tras respirar hondo le comunicó—: Acabo de recibir una carta de mi amigo Charles, y esa carta es distinta a las que me ha ido escribiendo...

—¿Qué tiene de especial? —se interesó el detective.

—Dice que su esposa y él van a venir a verme, con su hija. Tuvieron una hija, ¿sabe? Desean pasar unos días en mi compañía y cuentan de antemano con que su presencia no me incomode. En conclusión, se invitan a sí mismos.

—Si hubo tanta amistad entre ustedes...

—El contenido de esa carta no se ajusta en absoluto al verdadero temperamento de mi amigo, por lo que yo deduzco, y no creo equivocarme, que está por medio el deseo, la exigencia de su esposa. Debe sentirse ansiosa por volver... —Se está refiriendo al dinero que no apareció, ¿verdad? —inquirió Carl Harnett.

—Estoy convencido, plenamente convencido de que viene a buscarlo —dijo Douglas Pooland.

—Si saben dónde está ese dinero, ¿por qué no se lo llevaron hace diez años, a su debido tiempo?

—Quizá por no levantar sospechas.

—De entonces a ahora, es esperar demasiado. Convenga conmigo en que diez años es una pausa demasiado larga.

—Sí, eso parece —asintió.

—Cuando alguien comete un crimen por dinero, los nervios no suelen darle paciencia para esperar tanto. Una reacción conlleva inevitablemente a otra.

—Sí, claro —volvió a asentir—. De todos modos, quiero aclararle un pormenor. Desconfío de Margot, pero no de mi amigo Charles. Estoy convencido de que él lo ignora todo.

—¿Usted cree? —dudó Carl Harnett.

—Es posible que lo sepa —admitió—, pero él no tuvo nada que ver con todo aquello. Era mi mejor amigo, ¿comprende?

—Pero si lo sabe y calla —repuso el detective— encubre un crimen, un hecho delictivo y...

—Delatar a la propia esposa no debe resultar sencillo —era como si en cierto modo le disculpara.

—Bueno, estamos hablando en hipótesis... Sólo se trata, usted mismo lo ha dicho al principio, de su presentimiento...

—Sí, en efecto —reconoció Douglas Pooland—. Como sea, necesito, ya se lo he dicho, de su asesoramiento y de su ayuda. Así que...

—Dígame, señor Pooland.

—Con franqueza, me gustaría que viniera a pasar unos días a mi mansión de Pamellggors. De este modo, según como vayan desenvolviéndose los hechos, podrá decirme lo que debo hacer y lo que no debo hacer. Pedirle que me lo dijera ahora, me parece, francamente, un poco prematuro.

—Confieso que lo sería.

—Deseo correr los menores riesgos posibles. Riesgos evidentes, no hace falta decirlo, si al recibir a Margot recibo a una asesina... Porque si su codicia le hizo cometer un crimen hace años, lo lógico es suponer que esté dispuesta a reincidir.

—Antes ha sugerido la idea de que ella estuviera en complicidad con alguien. Ahora la ha calificado a ella misma de asesina. ¿Qué opina exactamente? Ya sé que todo esto se basa en un mero presentimiento... De todos modos, me interesa sobremanera saber lo que usted piensa...

—A mi esposa le dieron quince navajazos, con una fuerza enorme, con una terrible violencia. Cuesta creer que pudiera hacerlo una mujer —contestó Douglas Pooland—. Pero si ella contrató a alguien... Para el caso es lo mismo, ¿no?

—Muy parecido —convino el detective.

—Mas, aunque deseo correr los menores riesgos posibles —Douglas Pooland repitió lo dicho poco antes—, lo que deseo, ante todo, es que Margot no se lleve el dinero. Como deseo también que sea desenmascarada y juzgada por el delito que cometió.

—De acuerdo.

—Me han asegurado que es usted uno de los mejores detectives privados de Londres. Espero que lo demuestre.

—Haré todos los posibles.

—Para que su presencia no sorprenda a mi amigo Charles y a su esposa Margot —añadió Douglas Pooland— le presentaré como el prometido de mi sobrina Judy. Ahora vive conmigo. Sus padres

murieron en un accidente de coche y yo me hice cargo de ella. Es muy joven, aún no tiene veinte años.

—De acuerdo, seré el prometido de su sobrina. Supongo que ella no tendrá nada que objetar.

*

—No, no tengo nada que objetar —bromeó Judy al conocer al detective—. Le acepto como prometido. Me gustan los hombres altos, ¿sabe?

Era una muchacha de cabello oscuro, con un tipo precioso. Vestía pantalones muy estrechos y una blusa holgada.

—No creo que sea preciso fingir más de la cuenta —dijo Carl—, pero si las exigencias del guión nos comprometen… Bueno, supongo que un beso tampoco es un atrevimiento excesivo…

Quizá esperaba que la muchacha se ruborizara. Nada de eso. Ni pizca de sonrojo asomó a sus mejillas.

—Por descontado que no —aseguró—. En estos tiempos en que las parejas se preguntan en la cama cómo se llaman…

—¡Judy! —se escandalizó Douglas Pooland—. Sabes que no me gusta que digas ciertas cosas.

—Discúlpame, tío. —Y bajó la mirada, pareciendo sinceramente compungida.

—Deberemos tutearnos —repuso Carl.

—Claro —sonrió ella, y de compungida ya no tenía nada, y sí bastante atrevida.

A continuación, Carl Harnett se dedicó a recorrer la mansión, cuya contemplación, dicho sea de paso, le hizo llegar a la conclusión de que no estaría de más que subiera sus honorarios. Acostumbraba a cobrar mucho, pero un poco más ni lo notaría un señor como aquel. Estaba claro que el dinero le sobraba. Si es que el dinero le sobra a alguien.

CAPITULO II

El tren estaba llegando a Pamellggors, y Charles Sontreux se mostraba cada vez más alterado.

Finalmente no pudo contenerse, y aprovechando que iban solos en aquel apartamento, le dijo a su esposa:

—No teníamos que haber hecho este viaje.

—¿Por qué no? —ella le miró con rapidez; no estaba dispuesta a dar un solo paso atrás en la idea que se le había metido entre ceja y ceja—. ¿Por qué no...?

—Por varios motivos —contestó—. El primero, nuestra hija.

—¿Qué le pasa a Yvonne? —La miró; dormía plácidamente junto a ellos—. Lo que sucedió hace unos meses... —empezó a decir.

—¿Qué sucedió? —pero Margot sabía de sobras a lo que se había referido.

—Nos asustó —repuso Charles—, Hablaba y se expresaba como si fuera la propia Lauren... Tanto es así que casi acabamos creyendo que estábamos ante un caso de reencarnación. ..

—Yo no creo en esas cosas.

—Yo tampoco creía... Pero después de aquello, ¿qué quieres que piense? Le he dado muchas vueltas a la cabeza y he acabado sin saber realmente qué responderme...

—Fueron unos días poco agradables —reconoció Margot—, pero pasaron. La niña no ha vuelto a comportarse de aquel modo. Probablemente ahora ya no recuerda lo que nos dijo.

—Es posible —admitió Charles—, y precisamente por eso es un error traerla aquí. Tal vez, al hallarse en el mismo escenario de los hechos, rememore...

—¿Qué va a rememorar? ¡Ya te he dicho que yo no creo en esas cosas!

—¿Estás segura de que no crees? —Charles miró a su esposa, evidentemente sin dar como buena su respuesta—. Pues yo aseguraría que la traes aquí precisamente para eso...

—¿Para qué? —le desafió.

—Para que el recuerdo del pasado vuelva a su mente. Vuelva con toda la lucidez y precisión que tú desearías. En cuya caso, podría decirte dónde escondió Lauren el maletín con el dinero...

Había dado en la diana. En el mismo centro de la diana. Era eso lo que Margot pretendía.

—Me has leído el pensamiento —reconoció Margot—. Como si lo estuvieras leyendo en un papel. —Y puntualizó seguidamente—: La verdad, estoy harta de estrecheces.

—Nada nos falta. Vivimos sencillamente, pero...

—¡A mí no me basta vivir sencillamente! —exclamó—. Y si puedo conseguir ese dinero, esa cifra fabulosa de dinero, no la dejaré para otro. La cogeré y nos la llevaremos...

—¿No tienes remordimientos de lo que hiciste...? —la pregunta de Charles surgió trémula, como si durante todos aquellos años hubiera deseado hacérsela y no se hubiera atrevido.

—No —fue la respuesta.

—¿Cómo es posible? —inquirió, con el tono aún más vacilante—. No puedo comprenderlo...

—Deja de pensar en aquello —dijo Margot, seca y cortante su tono — y hazte cargo de la realidad y de que, en consecuencia, es muy posible que necesite de ti.

—¿De mí...? —se sobresaltó—. ¿Para qué vas a necesitar de mí?

—Ya te lo diré cuando llegue el momento. Aún no puedo saberlo... Pero sí, estoy segura —brillaron sus ojos— de que Yvonne acabará diciéndome dónde escondió Lauren el dinero.

—Eso significaría —se estremeció Charles— que Lauren está metida en el cuerpo de nuestra hija. Ya no podrían cabernos dudas...

—Si me dice donde está el dinero, me tendrá sin cuidado quien haya dentro del cuerpo de mi hija —subrayó Margot.

—La idea resulta horrible, ¿no te haces cargo? Es como si estuviéramos desquiciándonos...

—Deja de dramatizar. Pretendemos una cosa, ¿no? Pues si encontramos el modo de lograrla...

—Yo no pretendo nada —repuso él—. Yo me conformo con la vida que llevamos.

—Una vida —despreció Margot— donde nunca ha habido lugar para un abrigo de visón, ni para un anillo de diamantes, ni siquiera para un buen coche.

—¿Tan necesario, tan imprescindible es todo eso? Te lo ruego —pero de antemano sabía que su ruego no iba a servir de nada—, no vayamos a la mansión...

—Ya estamos llegando —dijo Margot al ver que aminoraba la marcha del tren—. Voy a despertar a Yvonne.

Cuando Yvonne entreabrió los ojos y miró a través de los cristales de la ventanilla, sonrió feliz y dijo:

—Todo sigue igual en Pamellggors.

*

El joven alto, de fuerte complexión, se acercó a Charles y a Margot. Con ademanes desenvueltos, con pasos decididos.

—Me envía el señor Pooland —les dijo—. El no ha podido venir a recibirles, lamentándolo mucho. Son ustedes el señor y la señora

Sontreux, ¿verdad?

—Sí, somos nosotros —contestó Charles.

—Mi nombre es Carl… Carl Harnett… Soy el prometido de Judy, la sobrina del señor Pooland.

—Sí, ya sé que sus padres murieron en un accidente de coche y que Douglas la amparó. Me lo dijo en una de sus cartas.

—Esta debe ser la reina de la casa… —Carl se agachó hacia la pequeña y le hizo una caricia—, ¿Qué tal estás, Yvonne?

La niña no contestó y Margot dijo:

—No sabe inglés…

—Oh, claro. Disculpen… Hola, guapa —y en esta ocasión Carl se expresó en francés—, ¿Qué tal, Yvonne? Espero que seamos buenos amigos.

—Estoy bien —contestó la niña—. ¿Y usted, señor?

—Encantado de tener a mi lado a una niña tan bonita como tú. —Acto seguido se dirigió a sus padres, diciendo—: He venido con mi coche. Estaremos en la mansión en menos de quince minutos. Por favor, déjeme sus maletas. —Y gentilmente cogió las que llevaba Margot.

—Gracias.

Ya en la mansión, Douglas Pooland les recibió bien, lo mejor que pudo. Les dijo que se encontraba algo deteriorada su salud y que por eso no había ido a recibirles a la estación.

—¿Pues qué te pasa…? —se interesó Charles, al ver a su amigo tan envejecido supuso que estaría enfermo.

—Nada de particular —contestó—. Sin duda los disgustos, las penas. Nos minan y poco a poco nos destruyen.

—Te estás refiriendo a lo sucedido a Lauren, ¿no es eso? —inquirió Charles con la saliva muy espesa—. Sí, claro, tú la querías mucho.

—Sí, mucho. —Y esforzándose por animar la expresión se dirigió a Yvonne en francés, como lo haría en adelante y siempre que le hablara a ella. Como asimismo lo haría Carl Harnett y también Judy—. ¿Te ha gustado el viaje, pequeña? ¿Lo has pasado bien?

—Tenía, muchas ganas de estar aquí —contestó la niña, elevando suave y dulcemente su mirada hacia Douglas Pooland—. Muchísimas ganas…

—Haré todo lo posible, puedes estar segura, para que lo pases bien —afirmó él.

—A su lado seguro que lo pasaré bien…

Lo dijo de un modo tan especial, tan sugerente, que Margot comprendió que había querido decir algo más de lo que había dicho.

Por su parte, Charles se esforzó por contener su alteración. Una alteración que parecía querer dar al traste, ya sin necesidad de más,

con todo aquello que su esposa pretendía.

Pero ninguno de los presentes, como es natural, había dado importancia a la respuesta de la niña.

Aunque el detective, que no se perdía ni una coma, no pudo menos de decirse que aquella niña tenía mucha personalidad.

Un rato después, el nombre de Lauren salió a relucir de nuevo, y fue entonces cuando Yvonne dejó de estar silenciosa para decir:

—Me gustaría llevar unas flores a su tumba. ¿Podré hacerlo mañana mismo?

—Si lo deseas... —Douglas Pooland esbozó una sonrisa triste, melancólica.

—¡Oh, sí! —aseguró la niña—. Lo deseo con toda mi alma.

Margot quiso quitar importancia a aquel hecho y dijo, con toda la naturalidad posible:

—Mi hija siempre tiene estas salidas.

—Se la ve despabilada, inteligente, muy madura —opinó Douglas Pooland.

—Es como si tuviera más años —intercaló torpemente Charles.

Carl Harnett se dijo que sería buena cosa no perder de vista a la niña. Por los pequeños se llega a menudo a la auténtica personalidad de los padres.

Por lo demás, aún había de suceder aquel día, el mismo día de su llegada, otro hecho no exento de importancia. Un hecho que, desde luego, desconcertó a Carl Harnett.

Aunque en esta ocasión también Douglas Pooland quedó desconcertado. Sinceramente no había para menos.

—Se me han acabado los cigarrillos —comentó Douglas Pooland al ver que su pitillera aparecía vacía—. Voy a buscar...

—No se moleste, señor —dijo Yvonne—, yo se los traigo en seguida.

Y la niña salió del salón y corrió hacia el despacho, de donde cogió una cajita dorada que había sobre la mesa del escritorio. Al poco se la entregaba a Douglas Pooland.

—Aquí tiene, señor.

—¿Pero tú... tú cómo sabías que mis cigarrillos estaban en el despacho, en esta cajita? ¿Y cómo me has entendido, si he hablado en inglés...?

Yvonne sonrió de un modo especial, que desde luego tenía mucho de enigmático, pero no respondió nada. A cambio de eso, cogió el encendedor y solícitamente ofreció la llama a Douglas Pooland.

—Gracias, pequeña —dijo éste. Quien había de añadir con el tono nostálgico—: Me ha recordado a Lauren... Lauren solía encenderme el cigarrillo.

CAPITULO III

Un rato después de haber desayunado, Yvonne recordó a su madre que habían quedado en llevar unas flores a la tumba de Lauren.

—Si quieres que vaya sola... —insinuó.

—No sabrías el camino —dijo Margot. Pero como no había nadie con ellas, aprovechó tal circunstancia para preguntar—. ¿O tal vez sí...?

—Sí, creo que sí —repuso Yvonne--. Tengo la impresión de haber estado aquí tiempo atrás... Todo lo que veo me parece haberlo visto antes...

—Dime, ¿recuerdas lo que nos decías a tu padre y a mí hace unos meses? Que si estabas casada, que si tu marido era...

—No, no recuerdo bien lo que os decía —le confesó—. A veces siento cosas y las digo en ese momento tal como me salen... Después se me borra todo.

—¿Qué te parece el señor Pooland? —Y esperó la respuesta con todo el interés que el caso requería.

—Es muy bueno —comentó la niña—. Se hace querer... A gusto me quedaría a vivir con él toda la vida...

—Bueno —cortó Margot—, cogeremos unas flores e iremos juntas a llevarlas a la tumba de Lauren.

—Sí, mamá.

Cuando salieron de la mansión, les dio en la cara un aire bastante frío, muy húmedo.

Pero pareció hacerse aún mucho más frío y húmedo cuando salieron del parque y se encaminaron hacia el cercano cementerio.

Por aquella carretera apenas transitaba algún que otro vehículo. Además, aquel lugar despoblado, silencioso, y todo eso, en un conjunto, contribuía a que uno se sintiera por allí como un poco dejado de la mano de Dios.

Sensación que se acrecentaba, indudablemente, cuando se estaba ya cerca del solitario cementerio.

—Es aquí —indicó Margot ante la tumba de Lauren, y colocó sobre la losa de mármol las flores que llevaba.

Yvonne hizo otro tanto.

Poco habían tenido que adentrarse en el cementerio. Aquella tumba estaba a escasos metros de la entrada.

Margot pensó que debía rezar un poco. Por lo menos debía simular que rezaba. Es lo que se hace siempre en casos parecidos.

Yvonne se había quedado tras ella y supuso que también estaría rezando.

Pero no, Yvonne había visto volar un pajarito y se había ido de

allí, persiguiéndolo, queriendo cogerlo.

Así, corriendo tras el pajarito, la niña salió del camposanto y ya fuera, ya en la misma carretera, tropezó, sin querer, con una pobre anciana ciega que andaba con una rama en la mano, para orientarse, para saber por dónde iba.

Al ver que había tirado al suelo a la pobre anciana, Yvonne se sofocó y llamó a su madre:

—¡Mamá, mamá! ¡Ven a ayudarme!

Margot la oyó y salió del cementerio. Lejos de imaginarse lo que había pasado y más lejos aún de saber quién era la persona víctima del suceso.

—¡Ya voy, Yvonne! ¡Ya voy! —exclamó, apresurando el paso.

Ya cerca de la anciana, que acababa de ponerse en pie, Margot se quedó pálida, denudada.

Era la madre de Sam. Aquella mujer a la que conoció años atrás, mal vestida y llena de suciedad, con cara de vieja prostituta.

Margot tomó a su hija por un brazo, estirando de ella, queriendo llevársela. No diría nada, no despegaría los labios. La vieja había de ignorar que ella estaba allí.

Pero ya era tarde para pretender eso. La vieja había oído su voz y tenía el tímpano muy fino. No se le escapaba ni el simple y vulgar vuelo de una mosca.

—Usted es... —soltó una risita, mientras se le animaba la cara llena de arrugas—. Sí, recuerdo perfectamente su voz. ¿Qué tal está?

—Bien, estoy bien —contestó Margot, escuetamente.

—Espero que nos haga una visita —la vieja volvió a soltar una risita—. Mi hijo se alegrará de verla...

—Quizá vaya —repuso Margot, sin querer negar ni asentir—. Bueno, ahora la dejo. Tengo prisa. No puedo entretenerme...

Y se alejó con su hija, mascullando improperios contra aquella maldita casualidad que, desgraciadamente, lamentablemente, podía complicarlo todo.

Por lo que a la vieja se refiere, prosiguió su camino tanteando el asfalto de la carretera con la rama que llevaba. Lo hacía con mucha soltura. Por lo visto conocía de memoria el terreno que pisaba.

—Oiga, ¿se va por aquí a Pamellggors?

Sin duda se trataba de un hombre joven. La vieja se detuvo, mirando hacia donde había sonado aquella voz.

—¿Es a mí?

—Sí, es a usted.

Ese joven, que era un hombre educado, iba a decir: «Sí, es a usted, señora.» Pero el aspecto de aquella vieja resultaba tan deplorable, tan de pura piltrafa en el peor sentido de la palabra, que pensó que sería preferible que se guardara el calificativo de señora para una ocasión

mejor.

—Pamellggors está a un par de kilómetros —contestó la vieja.

—¿Y por aquí no hay ninguna casa? —preguntó el joven.

—Oiga, ¿es que lleva gafas negras? Mire a su derecha. Ahí tiene la mansión. No me va a decir que pasa inadvertida...

—¡Ah, sí, aquí cerca hay una mansión! —exclamó el joven—, No había reparado. Soy muy distraído... Oiga, ¿y quién vive en esa hermosa casa?

—Douglas Pooland —contestó ella.

—Un hombre muy rico, supongo. No cabe pensar otra cosa luego de echar un vistazo a su chabola.

—Es riquísimo.

—Estará casado...

—Es viudo —contestó la vieja, y se dispuso a seguir adelante, por lo que volvió a mover, a ras de suelo, de derecha a izquierda y viceversa, la rama que utilizaba como bastón.

—Oiga, dígame —insistió el joven—; ¿no vive nadie más en esa mansión?

—Creo que ahora tiene invitados... —Pero debió decirse a sí misma que hubiera sido preferible que aquello se lo callara, y agregó —: Yo no sé nada. Yo vivo con mi hijo en una planta baja, sucia y maloliente, donde los ratones nos visitan cada dos por tres. Ya tengo bastante con mis quebraderos de cabeza.

—He visto que hablaba con una señora joven y con una niña...

—La niña ha salido corriendo del cementerio y en su precipitación ha tropezado conmigo y me ha tirado al suelo. Su madre se ha acercado poco después.

—¿Sabe quiénes son...? —preguntó el desconocido.

La vieja hizo el gesto de quien se fía poco. De quien no se fía nada.

—No —respondió—. No sé quiénes son.

—Bueno, le dejo seguir su camino —dijo el hombre seguidamente —. De todos modos, puedo acompañarla si lo desea.

—No es necesario, gracias —repuso la vieja, que no se sintió complacida por el ofrecimiento.

Solía amoscarle la gente demasiado amable. Cuando algo no viene a cuento, huele a chamusquina, o quizá a algo peor. Era su manera de ver las cosas.

Su tesis no iba totalmente descaminada. Al menos en aquel caso concreto.

Aquel joven era Carl Harnett.

*

Apenas entró en aquella planta baja, cerrando la puerta tras de sí,

la vieja llamó a su hijo.

—¡Sam! ¡Sam! —Y al oír sus pasos que se acercaban—. ¿Con quién dirías que me he encontrado…? Con la mujer que nos dejó en prenda su pulsera de oro… —Y sin esperar respuesta-—. ¿Sabes lo que te digo? Que no estaría nada mal que, puesto que ha regresado, le exigieras el dinero que aún te debe… A ti te interesa callar, pero a ella también y por la cuenta que le trae…

—Sí, sí —masculló Sam. Su rostro soez, vulgar, de torva y escurridiza mirada, se había animado, como al reconocer la voz de Margot se había animado poco antes el de su madre—. Así podríamos bebemos unos cuantos tragos…

—Le he dicho que venga a verte.

—¿Crees que vendrá?

—Habrá que esperar. A lo mejor sí viene. Eso nos facilitaría mucho las cosas.

—Desde luego. Oye…

—¿Qué?

—Que me gustaría cobrar una buena cantidad de dinero y no hacer ya más trabajos para ese sinvergüenza de Mickey Fidd. Es el dueño de la posada, pero se cree el dueño del mundo. Cada día me paga peor los trabajos que le hago.

—No es eso lo que te molesta —objetó la vieja—. Lo que pasa es que Pauline, su hija, te gusta, y te da rabia no poder satisfacer tus deseos. Que no se te ocurra salirle al encuentro y forzarla, ¿eh? —le previno—. El otro asunto es mucho mejor…

—Sí, sí —Sam volvió a asentir—. Además, que bien mío es ese dinero, el que no me entregó con excusas. ¡No me arriesgué poco por conseguirlo! Además, que aunque no se tenga manías, no resulta agradable llevarse a un tipo al otro mundo, menos aún si el tipo es una señora guapa. De todas maneras —masculló Sam— se me afilan los dientes cada vez que veo a Pauline. No sé si podré contenerme… ¡Es tan joven, tan lozana? ¡Tiene unos pechos…!

—¡Cállate, puerco! ¡Que eres un puerco! —barbotó su madre—, ¡Siempre estás poniendo la mirada donde no debes!

—Vino y mujeres —resumió Sam—, No hay otra cosa que valga la pena en este cochino mundo.

Llamaron a la puerta y los dos se quedaron con la palabra en la boca, desde luego muy sorprendidos. Por allí no solía ir nadie. Nunca. Ni por casualidad.

Sam fue a abrir, y al hacerlo se encontró con el dueño de la posada, Mickey Fidd, un hombre muy gordo que le miró con cara de pocos amigos.

—¿Quiere algo de mí, señor Fidd? —le preguntó.

—Sí —la respuesta fue seca como un chasquido de látigo.

—Dígame usted.

—Tengo una hija y deseo para ella, como todo buen padre, lo mejor del mundo. Y no me gusta nada cómo la miras. Te la comes con los ojos, la desnudas. Vete con pies de plomo... Si le hicieras algo, te arrepentirías. ¡Te lo juro!

—No sé a qué viene esto, señor Fidd. Pauline es muy bonita, y puede que la mire, pero es sólo con admiración y respeto —mintió. ,

—Ya estás avisado, Sam.

Y el gordo Mickey Fidd dio media vuelta y se fue de allí.

Sam se quedó mirando cómo se alejaba.

—¿Qué quería? —había de preguntarle su madre poco después, desde la silla baja en la que se había sentado.

—No le gusta que mire a Pauline —contestó Sam—, Pero seguiré mirándola como me plazca. Y gracias podrán darme, tanto el padre como la hija, si me limito a eso...

—Si no razonas con sensatez vas a buscarte complicaciones —le advirtió la vieja.

—Cuando se trató, hace diez años, de ganar mucho dinero, entonces no era cosa de razonar con sensatez, ¿eh? —se lo reprochó a las claras.

CAPITULO IV

La ocasión que esperaba no tardó en presentarse, y Carl Harnett se acercó sonriente a la niña, preguntándole:

—Qué, ¿has visto a alguien en el cementerio?

Se habían quedado momentáneamente solos en el salón. Desde luego era el momento idóneo para ver de sonsacar algo a la niña.

—No —contestó Yvonne—. No he visto a nadie.

—Pero a la salida... Una persona me ha dicho que habéis estado hablando con una anciana ciega...

—Sí, eso sí —asintió la pequeña—. Pero no nos hemos encontrado con nadie más.

—¿De qué habéis hablado con esa anciana ciega? —preguntó Carl.

—De nada, de nada... Bueno —recordó la niña—, esa anciana ha reconocido a mi madre por la voz...

—Ah, ¿sí?

—Sí.

La charla no podía estar resultando más interesante, pero Charles y Margot se presentaron nuevamente en el salón y a Carl no le tocó otro remedio que cortar por lo sano.

—Dime, pequeña, ¿qué deporte es el que te gusta más? —improvisó—. No, no me lo digas. Déjame que lo adivine. Ya está, la natación...

—No —contestó Yvonne—. El agua no me gusta. El agua siempre está fría.

—En verano supongo que no —observó Carl.

—No vivimos en zona de playa —intercaló Charles—. Nuestra casa está en las afueras, en el campo.

—Debe ser un lugar encantador —sugirió Carl.

—Demasiado aburrido —desdeñó Margot.

—A mí me gusta — sonrió Yvonne.

—Bueno, estábamos en que iba a adivinar tu deporte favorito —prosiguió diciendo Carl—, Pues si no es la natación, debe ser... debe ser... ¡el tenis!

—Tampoco, tampoco... —Y sin esperar que Carl lo adivinara, la niña exclamó enfáticamente—: ¡La equitación! Y dentro de poco me comprarán un caballo blanco. Blanco y brioso, y cabalgaré por los prados y me verán todas mis amiguitas...

—¡Déjate de fantasías! —la recriminó Margot—. Tú no necesitas un caballo para nada.

—¡Pues yo no pararé hasta tener un caballo blanco! —exclamó Yvonne, y dio una patadita en el suelo, hartamente elocuente—. ¡Es la mayor ilusión de mi vida!

—Si llegas a tenerlo —terció Carl—, haremos juntos una carrera, ¿eh? Pero tendré que esperar a que seas un poco mayor; de lo contrario jugaría con ventaja.

—Mamá, ¿de qué conoces a esa anciana ciega...? —preguntó de pronto la niña.

Margot hizo como si no la hubiera oído.

—Mamá, te hablo de la anciana ciega que nos hemos encontrado a la salida del cementerio —insistió la pequeña—. ¿De qué la conoces?

—Hasta hoy no la había visto en mi vida —aseguró Margot, esforzándose por no traslucir su desagrado ante un tema que, indudablemente, hubiera preferido no tocar.

—Pues ella ha dicho que ha reconocido tu voz —repuso Yvonne.

—No, no ha dicho eso. —Su desconcierto, ahora, se hizo manifiesto—. Has oído mal. —Y sin querer dar tiempo a que su hija opusiera nada más—: Anda, ven conmigo, debes cambiarte de vestido. Ahora me doy cuenta de que lo llevas sucio.

—¿Me pondré el azul? —preguntó Yvonne—. Es el que más me gusta.

—Te pondrás el que quieras —prometió Margot, que sólo pretendía que se callara y la siguiera.

Su afán por alejarla de allí no pasó inadvertido a Carl. Lo captó en seguida, considerándolo enormemente significativo.

*

Judy entró en el salón, sonriendo al detective. Pero éste no había de prestarle excesiva atención porque estaba preguntando a Charles:

—¿Cómo ha encontrado a su amigo? Supongo que después de estos diez años...

—Lo he encontrado muy envejecido —reconoció Charles.

—La muerte de Lauren le hundió en la desesperación —ponderó Judy—. La amaba mucho. No, no era correspondido en igual medida, pero a pesar de eso...

—¿Quién pudo cometer ese horrible crimen? —volvió a preguntar Carl, no cejando en su empeño de abrir brecha en aquel asunto—. ¿Usted qué opina?

Charles tragó saliva. O trató de hacerlo, porque la sentía tan espesa que no le pasaba.

—No sé qué pensar —murmuró. *

—La puerta de la verja había quedado abierta, o alguien la abrió... —empezó a decir Carl, y dejó en el aire la sugestión.

—El sirviente aseguró que la había cerrado —observó Charles—. Lo aseguró firmemente. Sin embargo, era un sirviente de edad avanzada. La prueba, que pocos meses después se fue a vivir con una

hija que tenía.

—Pero la lealtad de ese hombre no admitía dudas.

—Eso parece —admitió Charles.

—Pues de ser así —apostilló Carl—, y de no haber cometido algún error involuntario, se llega a la conclusión de que la puerta de la verja debió abrirla alguien que se hallaba bajo este mismo techo. A menos, que, quien fuera, saltara la verja, lo que no parece muy probable dado lo alta que es...

La saliva de Charles se había hecho aún más espesa.

Pero tuvo suerte, no se vio obligado a responder nada. Douglas Pooland entró a su vez en el salón y propuso:

—¿Que tal nos vendrían unos whiskies?

—Perfectamente —aceptó Carl.

—Un whisky nunca viene mal —opinó Charles.

Douglas Pooland se acercó al mueble bar. El mismo les serviría. Quería esforzarse por demostrar que no recelaba de nada, ni de nadie.

Y por descontado, a partir de ese momento ya no se habló de Lauren, ni de su muerte, ni de lo sucedido diez años atrás.

Por lo que se refiere a Judy, se sentó en el sofá muy cerca de su «prometido» y le estuvo dedicando unas miradas muy dulces. Algunas, más que dulces, insinuantes, provocativas.

En un momento dado, Carl se inclinó hacia ella y sólo le dijo en un susurro:

—Te la estás buscando, preciosa.

Lo que Carl quiso decir a la muchacha, estaba claro, clarísimo. Pero lo estuvo aún más cuando los demás se fueron y ellos se encontraron sin testigos.

Carl la asió por los hombros, la atrajo hacia sí y la estrechó contra su pecho. Todo un beso.

—Debiera enfadarme un poquito —musitó ella al término de la caricia—. Supongo que sí. Quedaría muy bien... Pero me encantan los hombres altos, ya te lo dije... —Y tendió los brazos alrededor del cuello masculino.

Carl volvió a besarla, mientras se decía que ya sabía una cosa... No, no sabía aún quién fue el asesino de Lauren. Pero ya sabía que antes o después se casaría con Judy.

*

Ya habían cenado, si es que a la bazofia que habían comido podía llamarse cena. Por lo demás, ya era de noche. Y la vieja ciega se echó en su catre. Ya era hora de dormir, de reposar. La verdad es que se sentía muy cansada.

Sam no tenía la intención de imitar a su madre. No tenía sueño, ni

estaba cansado.

Sam permanecía mirando hacia fuera, hacia el exterior. Junto a los sucios cristales de aquella ventana orientada hacia la carretera, esperaba ver a alguien.

Esperaba ver a Pauline. Una muchacha que solía escabullirse de la vigilancia paterna para reunirse con un jovencito del que aseguraba estar muy enamorada.

Para reunirse con el jovencito, Pauline solía pasar por allí. Y lo hacía casi corriendo, alegre como un pájaro que siente que se acerca la primavera.

Sam crispó los puños, hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos. Había visto aparecer a la muchacha entre las sombras de la noche, y acababa de comprender que sus apetencias le iban a llevar hacia ella, hacia su deseo de satisfacer sus más bajos instintos al precio que fuera.

No se lo pensó más. Abrió la puerta y salió fuera.

Pauline, de pronto, se vio ante aquel hombre. Que se le puso por delante con una expresión insolente, grosera, procaz, que por sí sola ya lo decía todo.

La muchacha se asustó. Aquel hombre siempre le había dado miedo. Nunca había comprendido cómo su padre trataba con él.

—¿Adónde vas, Pauline?

—A usted no le importa —le respondió ella, quizá creyendo que presentándole cara le arredraría—. ¡Váyase!

—¿Por qué he de irme? —todo en Sam era lascivia, lujuria—. La carretera no es sólo tuya.

Pasó su basta mano por los sedosos cabellos de ella, pero Pauline hizo un gesto y le rechazó.

—Si no se va ahora mismo —le amenazó— sé lo diré a mí padre.

—Antes de irme —y Sam la agarró por un brazo— quiero pasar contigo un buen rato. Me tienes la sangre encendida, ¿no lo sabías?

Pauline intentó escapar de aquel hombre, pero no lo logró. Ni asomos de ello.

Instantes después, la muchacha había sido arrastrada junto a unos matorrales y tirada al suelo sin contemplaciones.

Pero no sucedió nada más. Al menos en ese sentido.

En aquel preciso instante se oyó gritar a la vieja ciega. ¡Un grito angustioso, desesperado!

Sam miró hacia su casa, hacia aquella planta baja cuya puerta había dejado abierta.

¿Qué podía estar pasándole a su madre? ¿Por qué habría gritado de esa forma?

Su momentáneo desconcierto fue aprovechado por Pauline, que se puso en pie y escapó de allí.

Sam hubiera podido correr tras ella y alcanzarla; ganas de hacerlo no le faltaban. Pero su madre había gritado de un modo que erizaba los cabellos.

Dejó que la muchacha huyera.

*

¿Qué había sucedido?

La vieja estaba echada en el catre y empezaba a amodorrarse cuando le pareció que allí, a su lado, había alguien.

Supuso que sería su hijo; en buena lógica no podía ser nadie más, y preguntó:

—¿Qué quieres, Sam?

No recibió respuesta, y sorprendida, muy sorprendida, se incorporó en el catre.

Podía haberse equivocado, podía haber creído que había alguien y no ser así, o ser simplemente unos ratones, pero no, estaba segura de que su oído no le había engañado.

Alargó los brazos, tanteando en el aire.

Dio con una... navaja. Una afilada y cortante navaja cuyo frío contacto heló la epidermis. Y dio también con una mano, la cual sujetaba la navaja con una inusitada fuerza.

La navaja no se movió. La mano tampoco. Ambas permanecieron inmóviles.

Pero alguien iba a atacarla, no podían caberle dudas. Pocas cosas tan evidentes como aquella.

Sin embargo, ¿qué sentido podía tener que alguien quisiera matarla a ella, una vieja ciega a la que no iban a poder robar ni un penique? Además, ¿por qué su atacante se entretenía, se divertía, con aquella pausa...?

Porque estaba claro que, dejando que palpara la navaja, sólo pretendía eso, recrearse; solazarse, saborear de antemano un plato que iba a degustar.

De súbito, la navaja cogió impulso. Un impulso frenético, rabioso, fiero. Un impulso realmente diabólico.

Fue entonces cuando la vieja gritó. Quizá haciéndose la ilusión de que gritando podría salvarse de esa muerte que ya sentía cerca, muy cerca.

Brevísimos instantes después, la navaja se había clavado en su cuerpo. De donde salió, al momento, para descargar un nuevo golpe.

Y tras este, otro...

Y otro más.

Y otro.

Hasta que fueron quince espeluznantes navajazos.

Exactamente quince.

La vieja ciega, para entonces, había entregado ya su alma al Diablo.

CAPITULO V

Salían a pasear, muy a menudo. Lo hacían, sin duda, encontrando un exquisito placer en abandonarse a la dulce placidez que emanaba de aquel hermoso parque.

Pero esa placidez desaparecía y el ambiente se crispaba, cuando se recordaba que unos años atrás Lauren fue atacada y muerta allí mismo. A navajazos.

Como sea, sin embargo, que el tiempo había ido transcurriendo y que todos daban la sensación de haber olvidado, el parque seguía pareciendo delicioso. Ciertamente lo era.

A Margot, pues, no le resultaba nada violento tomar a la niña por la mano y decirle:

—Vamos a pasear por el jardín.

Si los demás lo hacían, ¿por qué no iban a hacerlo ellas?

Pero, claro, Margot pretendía algo más. No hace falta decirlo. Aunque tampoco quería precipitarse.

Aquella mañana consideró que había llegado el momento de ir en pos de lo tan ansiosamente deseado. Así que le dijo a Yvonne que le gustaría pasear por el otro lado del parque. Hasta entonces sólo habían recorrido una de sus zonas.

Unos minutos después estaban junto a un parterre de forma ovalada, en cuyo centro crecía un encantador y romántico sauce. No lejos de allí había un plácido y atrayente estanque.

—¿Te gusta este sauce? —preguntó Margot a su hija con naturalidad.

Yvonne se llevó la mano a la frente, recordando algo. O queriendo recordar algo. O experimentando alguna extraña sensación.

—¿Qué te pasa...? —inquirió Margot, deseando que le revelara lo que sentía.

—En una ocasión escondí un maletín de cuero junto a este sauce —evocó la niña, en un murmullo—, pero luego cambié de idea y lo escondí en otro lugar...

—¿Dónde...? ¿Dónde lo escondiste? —Margot no podía contener su impaciencia, su anhelo—. ¿A qué otro lugar te refieres?

Yvonne sacudió la cabeza como para aclarar las ideas, para despejarse, y respondió:

—No sé... No sé siquiera por qué he dicho eso...

—Si me lo has dicho, por algo será. —La madre no acertaba a reprimir el ansia que la devoraba—. Recuerda... Recuerda.

—Creo que fue —repuso la niña— en otro lugar de este mismo parque. -

—Pero, ¿dónde?

—No lejos de aquí.

—¿Dónde? —insistió la mujer.

—Te lo diré, mamá, así que me venga a la memoria. Y lo recordaré, lo presiento...

—¿Seguro que me lo dirás? ¿Seguro?

—Claro que sí —sonrió Yvonne.

—Me lo dirás a mí, sólo a mí... —puntualizó Margot—, A los demás ni una sola palabra. Ni una sola.

—Lo que tú quieras, mamá.

Margot pensó que no debía insistir. Podía resultar desacertado, perjudicial. Debía andar con sumo cuidado.

Poco más tarde, la niña se había ido hacia el estanque.

Charles, por su parte, se había acercado a su esposa.

—Sigues obsesionada con esa idea, ¿verdad? —se lo preguntó con la respiración entrecortada.

—No me serviría de nada negártelo. Me conoces demasiado bien —contestó Margot.

—¿No sería mejor olvidarlo?

—No.

—Hazte cargo, todo esto resulta tan... tan...

—Horrible, alucinante. Sí, recuerdo tus propios calificativos. Aun así, yo voy a seguir adelante.

—Siendo de ese modo —repuso Charles— quizá te interese saber lo que pone el libro...

—¿Qué libro? —preguntó Margot.

—El que estoy leyendo. Trata de los fenómenos de reencarnación... —Y añadió—: En el hinduismo es donde mayor importancia se concede a la creencia en la reencarnación, doctrina que probablemente nació en la India hacia el siglo sexto antes de Jesucristo.

Hizo una pausa. Pero apenas unos segundos. Al no decir nada Margot, prosiguió con su explicación:

—Es fundamental en el credo hindú la idea según la cual cada reencarnación es el castigo o la recompensa por los actos de otra vida anterior. Dicho de otra manera se trata de etapas de prueba en las que quienes viven rectamente mejoran, y quienes lo hacen inicuamente empeoran su suerte. Es decir, los pecados cometidos en una reencarnación son pagados en otra posterior. El hindú cree, pues, que el alma puede ir purificándose a lo largo de esa serie de vidas...

Se detuvo de nuevo.

—¿De dónde has sacado ese libro? —preguntó Margot en esta ocasión.

—Lo compré antes de venir aquí. Sabía a lo que venías y...

—¿Y qué más dice ese libro? —inquirió Margot.

—Una persona puede ser sometida a hipnosis. Este sistema se utiliza en muchas investigaciones paranormales. Mediante la hipnosis —agregó— se puede hacer que un sujeto regrese a una época anterior de su vida. Pero la regresión a vidas anteriores, sea por hipnosis o por vía natural, no está exenta de riesgos. Se han dado casos en que la personalidad anterior no se «ausenta» cuando se le ordena, y el sujeto sigue en estado de personalidad alterada...

—Comprendo —se limitó a decir Margot, lo que no vino a significar nada en concreto.

—Pero la reencarnación es un campo que todavía rehúyen muchos investigadores de parapsicología. Rehúyen o no aceptan, como se prefiera... Yo personalmente opino que cuesta creer en ciertas cosas. Aun así, y dado todo lo que está sucediendo...

*

Se oyó la sirena de la policía. Un coche acababa de detenerse ante la puerta de la verja.

Se trataba del inspector al que le quedó muy mal sabor de boca al no dar con el asesino de Lauren. Porque fue él, diez años atrás, el encargado del caso.

—¿A qué debo el gusto de verle, inspector? —había de preguntarle Douglas Pooland poco después. Y casi de inmediato—. ¿Le apetece una copa?

—No, gracias. Estoy de servicio.

—¿De servicio? —se extrañó—. ¿Pues qué pasa...?

—Han asesinado a una mujer.

—¡Ah! —Douglas se limitó a eso su respuesta. Pero comprendiendo que si el inspector estaba allí era por algo concreto, preguntó seguidamente—: ¿Y bien, inspector?

—Han asesinado a una mujer ciega —hizo saber el inspector—. Era la madre de un sujeto llamado Sam. Un sujeto de cuidado, del que yo me fiaría menos que de una culebra... Bueno, si he venido a verle, señor Pooland, es por un detalle que relaciona esa muerte con la de su esposa...

—¿Cómo...? ¿Qué dice? —Y queriendo saber de qué se trataba—: ¿Qué detalle es ese?

—A su esposa le dieron quince navajazos, ¿no es cierto?

—Sí. —Se estremeció al recordarlo, como a través de aquellos diez años se había alterado una y mil veces.

—Quince navajazos — repitió el inspector—. Exactamente los mismos que han dado a la madre de ese sujeto llamado Sam.

—Una coincidencia digna de análisis, en efecto —intercaló Carl Harnett.

—De lo que se desprende —resumió Judy—, que el asesino es el mismo.

—Aún es pronto para asegurarlo —advirtió el inspector—, Pero ambas muertes se relacionan, esto parece evidente.

—Por descontado —Carl intervino de nuevo.

Charles estaba allí. También estaba Margot. Pero ninguno de ambos acertó a decir nada, pues en realidad resultaba pasmoso lo que oían.

El asesino de Lauren fue Sam. Ellos lo sabían. Así las cosas, y de tratarse de un mismo asesino, eso significaba que a la vieja se la había cargado su propio hijo.

Lo que costaba de creer, de admitir. No por nada especial, pues de un tipo como aquel no costaba creer ninguna cosa por mala que fuera, pero…

El inspector estaba hablando:

—Sam oyó gritar a su madre y fue a ver qué sucedía. Pero cuando llegó a su casa, el asesino ya había huido. La vivienda tiene una puerta trasera y por lo visto se escapó por allí.

—¿Seguro que ese tal Sam oyó gritar a su madre? —preguntó Carl —. ¿O esto lo dice él? Porque si sólo lo dice él, tiene poco valor. Ningún valor, añadiría yo.

—Lo que ha dicho Sam es cierto —concretó el inspector—. Una persona ha podido corroborarlo.

—¿Qué persona es esa? —inquirió Carl.

—Pauline, la hija del posadero. Una muchacha —agregó el inspector— que estaba con Sam en aquellos momentos. Sam debía estar propasándose, pero ella lo ha negado. Sin duda desea que el hecho no trascienda, para que su padre no se entere. Según dice, su padre, de saber algo así, sería capaz de cualquier cosa…

—¿Cualquier cosa? —volvió a preguntar Carl—, ¿Cómo qué…?

—Bueno, esta es otra cuestión —resaltó el inspector—. Ahora se trata de saber si alguno de ustedes —les miró a todos— deducen algo… Algo que pueda ayudarme a encontrar una pista. Y me estoy refiriendo ante todo a la muerte de su esposa, señor Pooland.

—No sé qué pensar —murmuró éste.

—Yo tampoco —añadió Charles.

—Ni yo… —dijo Margot por su cuenta.

—Sería conveniente interrogar a fondo a ese tal Sam —sugirió Judy.

—El inspector ya lo habrá hecho, cariño —manifestó Carl.

—Sí, ya lo he hecho —confirmó el inspector—, pero no he podido sacarle nada en claro. Apenas responde, no quiere colaborar. Y yo, desgraciadamente, no puedo obligarle a hacerlo en contra de su voluntad, máxime cuando no tengo cargos en contra suya, de ninguna

clase.

—Quizá —aventuró Charles— no tenga ciertamente nada que decir.

—Es muy probable —asintió Carl—, No debemos olvidar que la muerta es su madre. Si supiera o sospechara quién la ha matado, en buena lógica lo diría.

—Bueno, señores, si reflexionan y terminan sospechando de algo o de alguien, telefonéenme y háganmelo saber, ¿de acuerdo? —el inspector ya les había comunicado lo que sabía.

—De acuerdo —asintió Douglas Pooland—. Y gracias por todo, inspector.

Pero Douglas Pooland tenía mucha más confianza en el detective que había contratado que en aquel inspector de policía.

Por ello, así que éste se fue, interpeló a Carl Harnett. Si bien esperó a que nadie pudiera oírles.

—¿Qué me dice?

—Ya hemos adelantado algo, señor Pooland —le aseguró el detective—. Ya sabemos por dónde empezar a olfatear.

—¿Usted cree?

—Estoy convencido de ello.

—Dígame lo que va a hacer…

—Iré a hablar con ese Sam.

—El inspector no le ha sacado nada.

—Yo sé estirar de la lengua. Me doy maña en esa clase de cometidos.

—¿Qué espera que le diga? —preguntó Douglas Pooland.

—No puedo revelárselo, pues la verdad es que no lo sé. Sólo sé que ya antes de venir el inspector mis sospechas iban hacia ese hombre.

CAPITULO VI

Antes de salir de la mansión, Carl estuvo jugando con la pequeña y bonita Yvonne.

Pero lo que ciertamente estuvo haciendo, fue concentrar su atención, con la máxima discreción posible, en Margot. En la feúcha y pecosa esposa de Charles. Esposa de un hombre que no tenía cara de saber imponerse, y que de continuo parecía pendiente de las reacciones de su mujer. Unas reacciones que no siempre debían complacerle, pues a menudo se le veía indeciso,- vacilante, casi temeroso.

Al abandonar la mansión se dirigió hacia la posada. También iría a ver a Sam, claro que sí, pero de momento le interesaba una charla con el posadero o con su hija, o con ambos.

Ya en la posada necesitó poco tiempo para sacar la conclusión de que Mickey Fidd era un hombre tan autoritario e intransigente como grueso, y era grueso como un tonel. Desde luego, vivir a su lado no debía resultar fácil.

De ello, sin duda, que Pauline se comportara ante su padre como lo hacía. De un modo demasiado serio, excesivamente formal, impropio ciertamente de su edad.

Carl Harnett consideró oportuno dialogar preferentemente con la hija. Si es que el padre les dejaba, que mucho lo ponía en duda.

Si situó en la esquina de la barra donde Pauline atendía, y solicitó una cerveza. Y apenas se la hubo servido, le hizo la primera pregunta:

—Sam estuvo en la cárcel por violar y dar muerte a una niña, ¿lo sabía usted?

—Eso lo sabe todo el mundo —le contestó Pauline—. No es ningún secreto.. .

—A pesar de todo —insistió Carl—, su padre parece que le aprecia...

—Mi padre le encarga algunos trabajos, porque Sam se los hace por poco dinero, simplemente por eso. Mi padre no aprecia a nadie.

Resultaba claro, innegable, que Pauline tenía una opinión muy concreta y no enteramente satisfactoria de su progenitor.

—Puede que su padre no aprecie a nadie —repuso Harnett—, pero sin duda la quiere mucho a usted.

—Sí, eso sí —aceptó Pauline—, Y últimamente está muy temeroso de que pueda pasarme algo malo. Está tan temeroso —añadió— que no me deja vivir.

—Se está refiriendo —Carl sonrió con simpatía y a la vez con gesto de complicidad— a ese jovencito con el que le gustaría reunirse sin que su padre le pusiera trabas, ¿no es cierto?

—¿Usted cómo sabe que yo...? —se sorprendió Pauline—. Pero, bueno, ¿usted quién es?

—Soy el prometido de Judy, la sobrina del señor Pooland, que es el dueño de la mansión.

—Resulta innecesario que me lo aclare. Conozco perfectamente al señor Pooland.

—Una excelente persona, ¿no?

—Sí, desde luego.

—También era muy agradable su esposa, ¿no? —insistió.

—La asesinaron cuando yo era aún muy pequeña, no la tengo muy presente. Pero recuerdo que era muy guapa...

—¿De qué hablan? —Era el grueso Mickey Fidd el que se había acercado a aquella esquina de la barra, y lo hizo con el ceño fruncido.

—Simplemente hablábamos, papá —dijo Pauline, queriendo que su suspicacia y sus temores de padre no fueran más allá de lo debido.

—Estábamos hablando de la esposa del señor Pooland —especificó Carl—, La asesinaron dándole quince navajazos. Los mismos navajazos que le han dado a la madre de Sam...

—Lo dice como si tuviera que ver una cosa con la otra.

—¿Y no tiene que ver?

—Yo que sé —Mickey Fidd seguía frunciendo el ceño, pero ahora de otra forma.

—Hará diez años se sospechó de Sam —subrayó Carl—. Supongo que los comentarios llegarían hasta aquí.

—Algún que otro comentario oí, pero no les presté excesiva atención.

—¿Y por qué no? —quiso saber Carl—, De un hombre como Sam es lógico recelar. Vamos, digo, yo...

—Era cuestión del inspector de policía, no mía —replicó Mickey Fidd—. Y yo suelo desentenderme de todo aquello que no me interesa directamente.

—Es una táctica como otra cualquiera.

—Bastante tengo con mis cosas.

—¿Sus cosas...? —e hizo hincapié en lo último que el posadero acababa de decirle.

Desde luego, esperaba que le mandara lindamente a paseo. Pero Mickey Fidd no tenía uno de sus peores días, esto es indudable, así que respondió:

—Esta hija mía no tiene nada de obediente.

—¡Papá! —protestó Pauline.

—No hay modo de atarla corto —insistió Mickey Fidd—. Y yo sé que la acechan peligros. Será así —agregó— hasta que ese Sam se vaya lejos. Lo más lejos posible... A ser posible al otro mundo, con su madre.

—¡Papá! —protestó de nuevo Pauline.

—Es lo que pienso —repuso Mickey Fidd—, y no tengo por qué fingir. Desde luego, de ahora en adelante Sam no volverá a trabajar para mí. Está decidido.

Un cliente, desde una de las mesitas, solicitó ˆalgo. Mickey Fidd se dispuso a atenderle.

Cuando así lo hizo, viéndose obligado a abandonar la barra, Carl aprovechó la ocasión para decir a la muchacha:

—Sam intentará repetir su hazaña de ayer noche. Usted ya me entiende... Vaya con cuidado. Si no lo hace así, lo lamentará.

—Le haré caso —sonrió Pauline.

Ya fuera de la posada, Carl Harnett subió a su coche y se dirigió hacia la casucha de Sam. Confiaba en encontrarle.

En efecto, llamó y fue el propio Sam quien le abrió la puerta.

—¿Qué quiere? —había de preguntarle con cara de quien le duele una muela.

No le gustaban nada los tipos como Carl Harnett. Había demasiada hombría en sus gestos y una excesiva fortaleza física en sus miembros.

—Quiero hacerle unas cuantas preguntas.

—¿Policía?

—No —contestó.

—Entonces, váyase.

—No sólo no voy a irme, sino que voy a entrar —puntualizó Carl, e hizo lo que decía.

—Si quiere ver a mi madre está perdiendo el tiempo. A mi madre se la han llevado. Deben estar haciéndole la autopsia.

—No he venido a ver a la madre, sino a hablar con el hijo. Dígame, ¿ha lamentado mucho su muerte?

—Mi madre era una vieja zorra que sólo pensaba en sí misma—su respuesta sonó como algo natural.

—Hace diez años, cuando murió asesinada la esposa de Douglas Pooland, ¿su madre vivía ya aquí?

—Sí —contestó Sam, y esta vez se le crisparon las mandíbulas.

—¿Y qué opinó su madre de ese crimen horrendo? —preguntó Carl.

Sam contestó con otra pregunta:

—¿Qué puede importarle a usted lo que opinara mi madre? —Y se le habían crispado, asimismo, los puños.

—Cuando se lo pregunto, es que me interesa la respuesta...

—Una respuesta que no tengo por qué darle, ¿se entera? Ni siquiera sé quién es usted. Váyase por donde ha venido y no se meta más...

—No voy a irme tan fácilmente —replicó Carl, y desde luego, no cabía dudarlo, deseaba ponerle nervioso.

—Está en mi casa. Le he dicho que se vaya —barbotó Sam.

—Cuando yo no quiero irme de un sitio, no existe el guapo que me saque.

—No me tengo por guapo —masculló de nuevo—, pero usted va a irse inmediatamente. A las buenas o a las malas.

—De ninguna de las dos maneras. ¿Qué se apuesta? —La provocación era evidente.

Y estaba consiguiendo alterar los nervios del sujeto.

—¿Qué le parece esto…? —Sam sacó una navaja, dejando oír, al abrirla, su «cric» frío y amenazador—. ¿Ha cambiado ya de parecer?

—En absoluto —contestó Carl, imperturbable ante aquella arma blanca—. ¿Acaso esperaba asustarme? Oh, no. Se asusta fácilmente a las muchachas —añadió—. Como asustó ayer a Pauline, con la que intentó propasarse…

—Estábamos juntos, hablando, sólo eso —repuso Sam—, La misma Pauline lo ha dicho así… ¡Pero váyase de una vez! —Y dio un paso adelante, con el acero férreamente sujeto en su mano.

—Una navaja de muy buena clase —ponderó Carl—. ¿La tenía hace diez años…?

No hizo falta más para que Sam se lanzara hacia delante con la mirada turbia, sombría, tenebrosa. Se trastornó, viéndose capaz de hacer lo peor.

Pero Carl estaba preparado. Levantó una pierna y propinó un rapidísimo puntapié a la mano que esgrimía la navaja.

El arma, ante lo imprevisto de la acometida, saltó materialmente por los aires.

—¡Maldita sea!

—No se apure, amigo, le quedan los puños… —sonrió Carl.

Sam quiso recuperar la navaja, pero Carl, naturalmente, no se lo permitió. La pisó con su pie, inmovilizándola en el suelo.

—¡Maldita sea! —volvió a farfullar Sam.

—Vale más que nos demos puñetazos —añadió Carl—. Un puñetazo siempre resulta más llevadero que un navajazo… Además, yo no tengo práctica en ellos y estaría en desventaja.

Sam se abalanzó sobre el detective, queriendo hacerle trizas. Sin embargo, Carl le recibió con un derechazo realmente demoledor, y Sam fue a estrellarse contra una de las paredes.

De allí se levantó dispuesto a que aquello no acabara así. Y consiguió alcanzar un par de veces el mentón de su adversario, todo hay que decirlo.

Pero entre tanto recibió a su vez tantos golpes en el hígado, en la boca del estómago, en todo lugar imaginable, que finalmente no pudo más y cayó redondo.

Cuando logró entreabrir los ojos, fue cuando vio como Carl, muy

borroso por cierto todo él, se desabrochaba la chaqueta, la entreabría y decía:

—Que conste, llevaba pistola.

En medio de lo borroso de la visión, reparó, en efecto en una automática. El joven la llevaba en una funda bajo la axila.

—Sólo pretendía saber una cosa —añadió Carl a continuación—, y ya la sé. Es usted un hombre que no se controla y que, por lo demás, es capaz de matar a sangre fría. Sigue siendo el de siempre. —Y zanjó —: De momento no necesito saber nada más. Adiós, amigo.

*

Al regresar a la mansión, Carl se encontró con Margot. Con ella antes que con nadie. Estaba paseando por el parque, aprovechando que hacía una buena mañana.

La pequeña Yvonne correteaba por allí, pero lo suficientemente lejos como para que pudiera oírles. Así que se decidió a decir lo que llevaba pensado.

—He estado hablando con Sam —fue a boca de jarro.

—¿Con quién…? —inquirió Margot, torciendo levemente el gesto.

—Con el hijo de la mujer asesinada —aclaró Carl.

—¡Ah! —Ella no hizo otro comentario.

—Me ha dicho algo que me ha sorprendido mucho y que se refiere a usted.

—¿Se refiere a mí? —El gesto se había torcido un poco más, a pesar de su empeño por sonreír, o quizá precisamente por eso.

—Me ha dicho que desea verla, hablar con usted… —Carl mintió con absoluta naturalidad—. Me ha rogado que se lo haga saber.

Margot no esperaba semejantes palabras y acusó el impacto de las mismas. El factor sorpresa la había afectado.

—¿Que desea verme, hablar conmigo? No lo comprendo… No nos conocemos.

—Sam me ha dicho que sí, que se conocieron hace diez años — volvió a mentir.

—No, no es así.

—Resulta curioso —recordó Carl— que la madre de Sam también reconociera su voz, el otro día, a la salida del cementerio…

—Tampoco fue así. Mi hija no lo entendió bien, ya se lo dije.

—Pero resulta curioso —insistió Carl— el que sea ahora el hijo quien a su vez coincida.

—Todo esto es absurdo —Margot acababa de interrumpir al detective—. Tan absurdo que no sé qué pensar. De todos modos, iré a verle.

Había pensado que otra actitud por su parte podía resultar

sospechosa y comprometedora. Además, que no estaría de más que le dijera a Sam que tenía que mantener bien cerrada la boca, que si no lo hacía así podría complicarlo todo hasta límites imprevisibles. El pasado no estaba tan lejos como pudiera tal vez parecerles.

—Sí, creo que será mejor que vaya a verle —asintió Carl—. Dadas las circunstancias...

—¿Qué circunstancias? —se esforzó por fingir que se sentía total y absolutamente al margen de los hechos acaecidos.

—La madre de Sam ha tenido una muerte similar a la de Lauren. Ya ha oído el inspector.

—Y eso, por lo que a mí respecta, ¿qué viene a significar? —preguntó. Pero antes de recibir la respuesta—: Bueno, será mejor que vaya cuanto antes a ver a ese sujeto. Dígame dónde vive, por favor.

—No faltaría más.

Margot salió de la mansión dominada por una creciente sensación de inseguridad. Se estaba temiendo que, por culpa del bocazas de Sam, todo se fuera a complicar.

Pero así que entró en la casa de Sam, éste le hizo saber:

—Yo no he hablado en tales términos, ¡ni que fuera idiota! Ese hombre se lo ha inventado todo, ¿comprende? Está claro que quiere liarla a usted, y liarme a mí... Hemos de andar con mucho cuidado, pues está claro que recela de... de los dos.

Margot respiró más aliviada al darse cuenta de que podía contar con la discreción de Sam. No era tan charlatán ni tan estúpido como por unos instantes había supuesto.

Sin embargo, resultaba evidente que ella inspiraba sospechas a Carl Harnett, lo que, por descontado, no resultaba nada tranquilizador.

Ahora bien, si a Sam nadie le sacaba nada y a ella menos, de poco le serviría al prometido de Judy sus posibles sospechas. Así que, en realidad, no debía preocuparse en exceso.

Pero quedaba por esclarecer una cosa. Una cosa que no estaba nada clara.

—¿Quién ha matado a su madre?

—¡Qué demonios voy a saber yo! —barbotó Sam—, ¡Vaya pregunta la suya!

—Pues resulta escalofriante la coincidencia.

—¿Qué coincidencia?

—A su madre le han clavado quince navajazos. El mismo ' número de navajazos... 4

—Con los que yo acabé con la vida de la señora Pooland i —concluyó Sam.

—Exacto.

—¿Y bien?

—Que eso hace sospechar —dijo Margot, sintiendo un escalofrío a lo largo del espinazo.

—¿Qué hace sospechar? —preguntó Sam. t

—De buenas a primeras parecía que el asesino tenía que ser el mismo. Pero dado que no lo es...

—Escuche, señora —le cortó Sam—, vale más que se atenga a algo más concreto, más efectivo. Al menos para mí...

Me refiero —había de aclarar al fin— a que aún me debe mucho dinero...

—Si no le pagué es porque no pude hacerlo —arguyó Margot. 1

—Recuerdo perfectamente las excusas que me dio y que yo acepté. Pero hemos vuelto a vernos y he decidido que, lo que no me pagó antes, debe pagármelo ahora. Un trato es (un trato, y yo cumplí mi parte, pero usted no cumplió la suya.

—Tiene razón —admitió Margot—, Toda la razón del mundo. No puedo negársela.

—¿Eso quiere decir que me pagará lo que me debe? —preguntó Sam, animándose.

—Sí —afirmó ella—, le pagaré hasta la última libra. Habrá de darme unos días de plazo, es todo lo que le pido.

—Conforme.

—Pero usted y yo no nos conocemos de nada. Esta ha de ser su respuesta, le pregunte el inspector o quien sea.

—Naturalmente.

Quedaron de acuerdo en eso, y en todo. Se trataba de no cometer errores. El más pequeño podía llevarles ante la justicia, acusados de asesinato. A ambos. A uno por pagar, por instigador. Al otro por ser la mano ejecutora.

Ya de regreso a la mansión, Margot fue directamente en busca de Carl, al que encontró en la biblioteca. A juzgar por la expresión que puso al verla aparecer y por la parsimonia con que fumaba, estaba esperándola.

—¿Ya de vuelta?

—¿A qué viene su proceder, señor Harnett? —Margot se fingió molesta, sumamente molesta—. He hablado con ese sujeto, con ese tal Sam, y me ha asegurado que él no le ha dicho a usted que deseaba verme, ni hablarme. Tampoco le ha dicho que nos conocimos hace diez años. ¿Puedo saber, señor Harnett, por qué se ha inventado usted toda esta historia?

—¿Quiere que le diga la verdad? —Carl seguía fumando con absoluta parsimonia—. Yo opino que cuando una madeja está revuelta y no se da con el hilo inicial, conviene enredarla un poco más para ver si así, aunque sólo sea por carambola, el hilo inicial surge...

—No veo la gracia a lo que está diciendo. Por lo demás, le aseguro que no tengo ni idea de adónde pretende ir a parar.

—Cuando yo lo sepa, se lo diré. Se lo prometo.

—Tiene un deplorable sentido del humor.

CAPITULO VII

Se había hecho de noche casi de pronto y a una hora en que otros días aún había claridad.

El cielo estaba oscuro, más bien negro, y amenazaba con llover. Pero no llovía.

Sam se había gastado sus últimas monedas en vino. Pronto cobraría mucho dinero de Margot, así que bien había podido darse ese gusto.

Había bebido varios vasos, uno tras otro, mientras pensaba que de aquella noche no pasaba. Intentaría con Pauline lo que aquella otra vez no pudo ser.

Desde aquel día, Pauline no pasaba ante su casa, Daba un rodeo para reunirse con su jovencito enamorado. Pero él sabía de sobras qué clase de rodeo daba, así que no le costaría salirle al encuentro,

Pero en cuanto Sam abandonó la casa, se dio cuenta de que había bebido demasiado. Sus pasos eran inseguros y tambaleantes.

Consideró que estaba demasiado bebido para lo que pretendía. Tendría que someter a la muchacha a lo bruto y podían llegar a faltarle fuerzas, pues Pauline se rebelaría como una gata; esto podía darlo por seguro. Pero la misma bebida encendería sus deseos y le llevaba hacia la tentadora joven.

Se dirigió, por tanto, hacia el atajo por el que Pauline no tardaría en pasar. Se fue dando tumbos y medio babeando.

Ya en el atajo, se quedó a la espera. Ya no podía tardar. Solía pasar a aquella hora.

Entre hierbas y matorrales, se quedó agachado, escondido. La dulce y tierna paloma no le vería hasta que ya el gavilán se le echara encima.

Sin embargo, no fue esto exactamente lo que pasó.

Ni parecido.

Alguien se abalanzó brutalmente sobre la víctima...

Pero la víctima no había de ser Pauline, sino él mismo.

Por lo demás, la persona que se abalanzó sobre él tenía unas intenciones que distaban mucho de ser amorosas.

Sam se quedó incrédulo ante lo que veía, lleno de espanto y terror ante aquella inesperada acometida.

De estar sereno, se hubiera encarado a su asesino. Por lo menos hubiera intentado hacerlo.

Pero de aquel modo, torpe de reflejos y de movimientos, le quedaron pocas opciones de salvarse.

En realidad, la navaja estaba ya en el aire, férreamente sujeta, dispuesta a acabar con él. Como había acabado con su madre.

Al ver a la persona que le miraba con un odio terrible, incontenible, dantesco, comprendió que no tenía salvación. Y comprendió también que serían quince navajazos los que acabarían con su vida. Exactamente quince. Como respuesta, tajante y contundente, a los que él le diera en su día a la esposa de Douglas Pooland.

Viendo brotar la sangre de su pecho ante el primer ataque del arma blanca, sintió un terror tan grande, un pavor tan inmenso, que creyó que iba a perder la razón.

Lo que hubiera sido preferible, sin duda, porque de ese modo se hubiera percatado del feroz ensañamiento de su agresor. Un ensañamiento que se complacía en atacarla en lugares no vitales para que su agonía fuera más larga, para que la muerte no le llegara de súbito.

Incapaz de otra cosa que ya no fuera aceptar lo inevitable, su propio miedo, le instaron a contar, uno a uno, los navajazos que iba recibiendo.

Por lo que, ya en el suelo y sangrando por infinidad de sitios, Sam supo que aún le faltaba un nuevo navajazo...

Aunque no se lo diera, su final estaba ya sentenciado. No podía ponerlo en duda. La sombra de la muerte entrecerraba ya sus párpados y paralizaba su lengua y distanciaba y casi detenía los latidos de su corazón.

Pero faltaba un navajazo más. Lo sabía.

En efecto, el cortante filo estaba ya cogiendo un nuevo impulso. Un impulso más violento y arrebatado que ninguno de los dados hasta entonces.

La navaja se le clavó inapelablemente en la mitad de su corazón.

*

Habían empezado a cenar a las ocho y media en punto. Era la hora acostumbrada.

Sonó el teléfono y Douglas Pooland se levantó para descolgarlo. No esperó a que lo hiciera el sirviente. Era como si estuviera esperando aquella llamada.

—Ah, es usted, inspector... Dígame.

Escuchó unos instantes, mientras el rostro se le afilaba y le cambiaba de color.

—Gracias por su llamada —terminó diciendo.

Colgó el auricular y volvió a sentarse a la mesa.

Todos le miraban, pero no se atrevían a preguntar nada. Esperaban que fuera él quien hablara.

Carl Harnett, sin embargo, no se sintió tan paciente como los

demás. Quizá porque había sido contratado para estar en la brecha del asunto.

Así que insinuó:

—Por lo visto pasa algo… ¿Qué es, señor Pooland?

—Han encontrado el cuerpo de Sam —reveló Douglas Pooland—. Le han matado a navajazos. Quince navajazos —puntualizó.

—Se me pone la carne de gallina —a Judy no se le ocurrió decir otra cosa.

—Esto no parece tener sentido… —repuso Margot, con una sensación de escalofrío en todo su cuerpo.

—¿Qué dice el inspector? —preguntó a su vez Charles.

—Su cuerpo estaba junto a un atajo —amplió Douglas Pooland—, Ha sido Pauline, la hija del posadero, la que ha dado con el cadáver.

—Se habrá llevado un buen susto —comentó Carl—, Aunque supongo que el susto hubiera sido mayor si llega a encontrarle vivo…

—El pasado y el presente se han unido —comentó Douglas Pooland—, Resulta evidente, tan evidente que ya no es posible imaginar otra cosa… Sí, la muerte de Lauren por un lado y estas muertes por el otro, se relacionan, digamos que se complementan… ¿Que qué sentido tienen? Esto es lo que no sé…

—Todo se aclarará, señor Pooland —intervino en aquel momento la pequeña Yvonne—, No sufra, por favor.

Douglas Pooland miró con cariño a la niña. Una niña que a veces hablaba como si fuera una persona mayor.

—Sí, estoy sufriendo —reconoció—. La herida del pasado, que creía ya cicatrizada, se ha abierto de nuevo. Yo quería tanto a Lauren…

—Me gusta oírle decir que la quería, señor Pooland —dijo Yvonne, y alargó su manita sobre la mesa para estrechar la de él.

Charles se quedó mirando con fijeza la mano de su hija, que presionaba cálidamente la de Douglas Pooland. Luego miró a su esposa y lo hizo de tal forma que su esposa comprendió que estaba alarmado, terriblemente alarmado.

Por eso, en cuanto unos y otros se retiraron a descansar ellos hicieron otro tanto, y así que estuvieron a solas en su habitación, a Margot le faltó tiempo para decir:

—Te asustan demasiado las reacciones de Yvonne. Debes controlarte mejor.

—En lugar de mi hija parece ser Lauren —repuso Charles—. La propia Lauren… Es como si los muertos no murieran…

—No todo van a ser desventajas —le recordó Margot—. Gracias a «eso» vamos a ser dueños de una enorme cantidad de dinero.

—Te está cegando la ambición, como te cegó años atrás —se dolió Charles—. ¿No te das cuenta de todo el horror del pasado y de todo el

horror del presente...?

—Estoy dispuesta a conseguir ese dinero, al precio que sea. —Y los ojos de Margot brillaron codiciosos.

—Pero, ¿y esas muertes...? —se atragantó Charles—. ¿No te preguntas quién puede estar cometiéndolas? ¿No se te ha ocurrido pensar que quizá... quizá...? —y se detuvo, totalmente atragantado.

—Quizá, ¿qué? —inquirió Margot.

—Si el alma de Lauren se ha metido en el cuerpo de nuestra hija —empezó a decir—, y si esa alma puede más que la otra, que la auténtica... Bueno, no sé bien lo que me digo... Pero en el libro leí, ya te lo dije, que a veces la personalidad intrusa no se ausenta fácilmente y que...

—¿Qué intentas decirme? —preguntó Margot.

—Tal vez sea nuestra hija quien asesina, porque tal vez sea Lauren quien le obliga a hacerlo... ¿No se te ha ocurrido pensarlo?

Margot quedó denudada. Por primera vez pareció perder el dominio sobre sí misma. Pero reaccionó:

—¡Qué disparate!

—Quisiera que lo fuera. No, no estoy seguro. Pero, dime, ¿se ha separado hoy Yvonne de tu lado? A última hora del día...

—Sí —reconoció Margot— durante bastante rato. Me ha dicho que tenía ganas de jugar y ha salido al parque. Pero eso no significa nada. Cada uno de nosotros, hasta la hora de la cena, hemos estado en distinto lugar, por separado. Mirado así, cualquiera de nosotros ha podido... —Y dando un brusco giro a lo que estaba diciendo—. Mira vale más que no nos torturemos inútilmente y que nos pongamos en guardia...

—¿Contra quién?

—Me refiero a Carl. Creo que sospecha de mí...

—De ti y de Sam —dijo Charles—. Pero Sam ha muerto y eso te favorece. Ahora puedes estar segura de que no abrirá la boca.

—Tienes razón.

—Bien mirado —el tono de Charles había salido dolido, quejumbroso— te estoy ayudando a todo lo malo que pretendes... ¿Por qué te lo consentiré? ¿Por qué seré tan débil?

—Porque soy tu esposa —sonrió Margot— y porque me quieres.

—Y porque eres la madre de mi hija —completó Charles.

CAPITULO VIII

Carl le había preguntado a Judy si quería salir a dar una vuelta en su coche, y ella le había respondido que sí, que de mil amores.

Pero aquel no iba a ser un paseo meramente romántico. Judy se convenció de ello así que, apenas intercambiaron un par de besos, él le preguntó:

—¿Vamos a tomar una cerveza a la posada?

—¿Precisamente a la posada? —preguntó ella—. Tú tienes alguna idea... no, no me digas que no.

—Te digo que sí —reconoció—. Me interesa ver de nuevo a Mickey Fidd, ¿comprendes?

—No comprendo nada.

—He de buscar al asesino, que por algún sitio debe de estar. Para eso me paga tu tío, ¿no?

—¿Acaso Mickey Fidd puede ser el asesino?

—Yo no digo tanto.

—¿Entonces...?

—Hablando con él más puedo ganar que perder. Estoy convencido de ello.

—Bueno, pues vamos. Tú sabrás lo que haces.

—Claro que sí.

Ya en el interior de la posada, Carl se dio cuenta de que Pauline no se hallaba tras la barra, ni tampoco atendiendo a los clientes de las mesitas. Sólo se hallaba Mickey Fidd trajinando de aquí para allá.

—Buenos días —le saludó.

—¿Usted...? —contestó el aludido, reconociéndole de inmediato.

—Un par de cervezas —pidió Carl.

—No quiera hacerme creer que viene por las cervezas —repuso Mickey Fidd.

—No va desacertado —admitió Carl—; vengo por algo más. Se trata de que me gustaría hacerle unas preguntas.

—Usted siempre está haciendo preguntas.

—Tengo esa mala costumbre.

—Bueno, hágamelas de una vez y concluyamos cuanto antes. —Y para aclarar la situación, añadió—: No dejaré de complacerle. No es mi intención parecerle sospechoso.

—¿Sospechoso? —Carl no quiso dejar pasar por alto una palabra tan sugerente.

—El otro día dije que me gustaría que Sam se fuera lejos, muy lejos, a ser posible con su madre, ¿no? —se lo recordó, aunque sabía que era innecesario hacerlo.

—Se dicen muchas cosas meramente porque sí —repuso Carl.

—Me alegro que piense de este modo. En fin, pregunte de una vez. No puedo desatender el trabajo por mucho tiempo, hágase cargo.

—Ayer noche —dijo Carl— cuando su hija se encontró con el cadáver de Sam, usted no andaba lejos del atajo. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí… —asintió Mickey Fidd, tras corto titubeo—. Iba tras mi hija, vigilándola, queriendo saber de una vez por todas con quien se reunía.

—Pero le asustó que Sam apareciera muerto y prefirió dar media vuelta y volver sobre sus pasos. De esa forma se ahorraba complicaciones.

—Sí, sí —admitió de nuevo—. ¿Cómo lo ha adivinado usted?

—Si estaba temeroso de lo que a su hija pudiera pasarle, era lógico que la vigilara, y si la vigilaba no tenía nada de extraño que la viera salir. Y si la vio salir, no cuesta imaginar que…

—No se lo he dicho al inspector —advirtió Mickey Fidd—. Podía haberlo hecho, sin duda era mi obligación, pero…

—Yo no voy a comprometerle, puede estar tranquilo —le aseguró Carl—, A mí me basta con que me diga si vio a alguien por allí…

—Creí ver a una persona —contestó Mickey Fidd—, pero debí equivocarme. Era ya de noche, ¿sabe?

—¿A quién creyó ver? Es de vital importancia que yo Io sepa.

—No puede tratarse en modo alguno de la persona que está usted buscando.

—¿Por qué no?

—Porque usted busca al asesino.

—Efectivamente.

—Pues no, no puede ser…

—Déjeme que sea yo quien lo diga —y le apremió—: El nombre de esa persona, por favor.

Vaciló antes de responder. Tal vez porque consideraba que era una tontería pronunciar aquel nombre.

—Yvonne.

—¿Cómo ha dicho…? —se sorprendió Carl.

—Me estoy refiriendo a la hija del matrimonio Sontreux.

—¿Y la vio por allí? —seguía la extrañeza de Carl—. ¿Qué hacia?

—No lo sé.

—¿Habló con ella…? —en esta ocasión la pregunta la hizo Judy.

—La vi correr. Es todo lo que puedo decir. En fin, como comprenderá no es Yvonne la persona que usted busca.

—Claro que no —contestó Carl, pero con un tono muy raro de voz.

—¿No vio a nadie más? —preguntó Judy de nuevo.

—No, a nadie más.

—¿Y Pauline? —quiso saber Carl—. ¿Vio su hija a alguien?

—A nadie —contestó Mickey Fidd.

—¿Está seguro?
—Así se lo ha dicho al inspector.
—Tal vez omitiera algo. Le agradecería que me permitiera hablar con ella.
—Está muy afectada después de todo lo sucedido.
—Me hago cargo. Aún así me permito insistir...
—Como quiera.
Poco después Pauline estaba allí, dispuesta a responder a las preguntas que le fueran formuladas. Y dispuesta a hacerlo de buena gana, pues Carl le caía simpático.
—Sí, vi a alguien —había de responder.
—Al inspector le dijiste que no —le recordó su padre.
—El inspector me preguntaba por el asesino —repuso la muchacha —, y yo, en ese sentido, no vi ciertamente a nadie. Yo sólo vi a...
—¿A quién?
—A Yvonne, a la hija de ese matrimonio amigo del señor Pooland.
—¿Qué hacía la niña por allí? —inquirió Carl, de nuevo con un tono muy raro de voz.
—No sé —contestó Pauline—. La primera vez que me separé de ella, la vi de lejos, parecía estar esperando a alguien junto al atajo... Luego dejé de verla... Por lo visto se había metido entre los matorrales... Cuando llegué a aquel lugar ya no estaba.
—¿Seguro que era Yvonne?
—Oh, sí.
--Pero era de noche...
—Sí, se había hecho de noche casi de pronto —admitió Pauline—. De todos modos, era Yvonne. La distinguí suficientemente bien. Pero, bueno, ¿qué importancia puede tener que fuera ella o no?
—Todo tiene su importancia —observó Carl—. Aunque en este caso concreto pueda parecer absurdo suponerlo así.
Habiendo ya abandonado la posada, y de nuevo ambos en el interior del coche, Judy preguntó al detective:
—¿Has sacado alguna conclusión? Me parece que sí. Se te ha puesto una cara muy especial.
—Me ha gustado muy poco la sorpresa que he tenido —reconoció Carl—, Me ha gustado tan poco que es natural que la cara se me haya puesto como dices...
—No acierto a imaginar hasta dónde llega tu imaginación.
—Eso, con exactitud, no lo sé ni yo mismo.

*

Al llegar a la mansión, Carl Harnett preguntó por la niña. Fue lo primero que hizo.

—Está en la biblioteca —le informó el sirviente.

En la biblioteca Carl vio que allí se hallaban también sus padres. De lo que se congratuló. Lo que había de decir a la pequeña, prefería que lo oyeran.

—Yvonne...

La niña se dirigió sonriente hacia él, saludándole:

—Hola, señor Harnett.

—Acabo de enterarme de una cosa —dijo él, serio, muy serio—. Me ha sorprendido saberlo. Me ha sorprendido mucho.

—¿Sí? —Ia niña seguía sonriendo.

—Ayer, a eso de las siete y media, cuando ya era de noche, saliste de aquí...

—Sí, salí al parque —admitió Yvonne.

—No me refiero a eso —puntualizó Carl—, sino a que abriste la puerta de la verja de la carretera y te fuiste hacia... ¿Hacia dónde Yvonne?

La niña miró con temor a sus padres, preferentemente a su madre. Enterarse de su escapatoria, claro, no iba a sentarles nada bien.

—Sentí deseos de correr fuera del parque —contestó—. No, no sé exactamente hacia donde fui... Sólo recuerdo que pasé junto a un atajo...

Tras una pausa que dio la sensación de estar cargada de electricidad, volvió a oírse la voz del detective:

—Dime, pequeña, ¿te encuentras bien? Dímelo con toda sinceridad, te lo ruego.

Yvonne volvió a sonreír.

—Me encuentro perfectamente, señor Harnett.

*

Margot había cogido entre sus temblorosas manos el libro que su marido comprara, cuyo título era: Reencarnación.

Un título terrible e inquietante. Por lo menos se lo parecía ahora, en esos momentos, en los que estaba temiendo algo tan espantoso, tan horripilante, que se negaba a aceptarlo.

Abrió el libro por la primera página, y lo leyó todo, todo hasta el final. De una sola tirada.

Tenía que saber qué ponía allí, hasta que escalofriante trasfondo llegaban aquellas hipótesis.

Al concluir, Margot jadeaba y gemía. Ambas cosas a la vez, a un mismo tiempo.

—¿Comprendes ahora lo que yo quería decirte? —oyó que le preguntaba Charles.

—Sólo comprendo —murmuró Margot— que eso que estamos

pensando no puede ser cierto. ¡No puede serlo!

—Y sin embargo, tú esperabas saber, por mediación de Yvonne, dónde escondió Lauren el maletín de cuero con el dinero... Siendo así, ¿en qué quedamos? ¿Crees o no crees en lo que pone ese libro?

—¡No, no creo! —exclamó Margot.

—Entonces, ¿por qué estás gimiendo, jadeante?

—Me he asustado al saber que Yvonne salió al parque yendo hasta el atajo, donde, poco después, fue encontrado el cadáver de Sam. Pero comprendo que me he asustado de un modo absurdo, ridículo...

—Quisiera creerlo así —repuso Charles—. Pero me quedó tan grabada, como grabada en fuego, esa página del libro en la que pone...

—En la que pone, ¿qué? —inquirió Margot, sabiendo de antemano a lo que su marido iba a referirse, y por eso el libro seguía temblando en sus manos.

—Se dan casos —balbució Charles— en que el ser intruso no se ausenta fácilmente, y el sujeto sigue en estado de personalidad alterada... Bueno, pone eso o algo parecido —añadió—. Ya te lo dije, ya te lo expliqué...

—Todo eso es pura sinrazón, auténtico desvarío —opinó Margot —. Ideas dislocadas, disparatadas, fuera de lugar...

—Si no crees en nada de todo eso, ¿por qué esperas que Yvonne acabe diciéndote dónde está escondido el dinero? Te lo he preguntado antes. Te lo vuelvo a preguntar ahora.

—¡Ambiciono una vida mejor, donde no haya lugar para las privaciones! —exclamó Margot—. ¡Quiero vivir como una verdadera señora!

No prosiguió. Alguien estaba llamando suavemente, con los nudillos, a la puerta que comunicaba aquel dormitorio con el contiguo.

Margot fue a abrir.

Allí estaba la pequeña Yvonne, en esta ocasión con una expresión un tanto particular.

—Mamá —dijo, bajando la voz, sin duda para que su padre no la oyera—, ya he recordado aquello...

—¿El qué? —preguntó Margot, súbitamente centelleantes los ojos.

De pronto se había olvidado de lo que había leído en aquel libro. Como si de un simple y vulgar manotazo todo hubiera quedado borrado.

—He recordado dónde escondí el maletín con el dinero —Ia niña había bajado aún más la voz.

—¿Dónde...? —inquirió Margot.

—Cuando quieras salimos al parque y te lo digo... Es muy cerca de... —se interrumpió—. No, no se lo he dicho a nadie... Como me

dijiste que sólo te lo dijera a ti…

—Has hecho muy bien, pequeña —le hizo una caricia—. Anda, vete a acostarte. Mañana me indicarás qué lugar es ese…

—Sí, mamá. Buenas noches.

—Buenas noches, hija.

Cuando Yvonne se fue, la expresión de Margot resplandecía. ¡Al fin iba a lograr lo que tanto y tan desesperadamente había ambicionado!

Pero su inmensa, su desbordante alegría había de enfriarse cuando Charles se le acercó y le dijo:

—Si Yvonne es el cuerpo que ejecuta las órdenes de Lauren… Eso significaría que Lauren se está vengando… Vengando de los que la mataron… En tal caso —añadió Charles—, muerta ya la madre de Sam y muerto éste, ¿a quién crees tú que le puede tocar ahora?

Margot tembló.

—A mí —murmuró.

CAPITULO IX

Margot se pasó más de medianoche releyendo el libro. Su serenidad se había ido a pique y sus nervios, rotos, hechos añicos, la habían llevado a un estado de febril excitación.

Una excitación tan febril y a la vez tan incontenible que tomó la decisión, pese a cuanto había sucedido, de acabar con todo aquello lo antes posible. ¿A qué dejarlo para más adelante?

La verdad es que tenía un miedo horrible, espantoso, de su propia hija. Si el alma vengativa de Lauren estaba metida dentro de su cuerpo...

Y ese miedo que sentía, le negaba más y más la facultad de pensar, de razonar. La propia Margot se percataba de ello.

Como fuera, llegó a la conclusión de que era preferible encontrar el dinero de una vez, cogerlo, y abandonar Inglaterra sin más demoras.

Ya en Francia, Yvonne dejaría de acordarse del pasado... En realidad, antes de emprender el viaje lo tendría ya todo olvidado. Había sido ella, su madre, quien había hecho que revivieran esas vivencias que quizá, quizá, hubiera sido preferible que quedaran entre la niebla del más riguroso olvido.

Pero ya era tarde proceder de otro modo. Así que, ahora ya sólo quedaba una alternativa válida. Apoderarse del dinero y salir de la mansión antes de que pudiera suceder algo irreparable.

—No voy a dejarlo para mañana —musitó Margot.

—¿Cómo...? —preguntó Charles—. ¿Quieres decir que vas a hacerlo esta misma noche...?

—Vamos a hacerlo —puntualizó ella, pluralizando.

—Yo no quiero saber nada de todo eso... —empezó a manifestar Charles.

—En el futuro querrás llevarte buena vida, ¿no? —le increpó.

—Te he dicho un centenar de veces que no ambiciono ni he ambicionado nunca una vida mejor. No tiene sentido, pues, que me hables así.

—De todas maneras —insistió Margot— vas a ayudarme. No puedes dejarme sola en estos momentos. Yvonne nos indicará dónde está el maletín, y ya todo resultará sencillo...

—Si el alma de Lauren está metida en Yvonne puede pasar cualquier cosa... Sólo de pensarlo me horrorizo... Y me extraña que no te horrorices tú... —la voz se le ahogaba en la garganta.

—Estoy asustada —reconoció Margot—; te mentiría si te dijera lo contrario. Pero ni aún así me hallo dispuesta a prescindir de lo que al fin está al alcance de mi mano. Por lo demás, lejos de aquí Yvonne lo

olvidará todo y la normalidad volverá a nuestra vida.

Charles no consiguió disuadir a su esposa. Por más que le dijo, ello no quiso avenirse a razonamientos.

Cuando ya se dirigía a la puerta que separaba el dormitorio de ellos del de su hija, Charles quiso, en una última tentativa, retenerla.

—¿Qué vas a hacer?

—Despertar a Yvonne —contestó Margot.

—Es de noche. Si sales van a oírte. Se darán cuenta de que sucede algo anormal...

—No, nadie se dará cuenta de nada —repuso Margot—. Ya me encargo yo de que no hagamos ruido.

Pocos segundos después, Margot despertaba a su hija, le decía que se levantara y la ayudó a ponerse una bata. Bastaría eso para que no se resfriara.

—Es para que te diga dónde escondí aquello, ¿verdad? —había de preguntar la niña, medio bostezando.

—Sí, es para eso. Luego podrás dormir todo lo que quieras.

Margot miraba con cierto temor a su hija. Con más que temor para ser exactos. No podía evitarlo, dado como se arremolinaban las emociones dentro de ella.

Pero en la expresión de su hija no había nada, nada absolutamente, que pudiera hacerla concebir miedo alguno. Esta es la verdad.

—Nadie debe oírnos —hizo saber Margot a su hija—. Ya te explicaré por qué en otro momento...

Salieron al alfombrado corredor sin hacer el más leve ruido, con un sigilo absoluto. Y con el mismo sigilo descendieron la también alfombrada escalera.

Después de abrir la puerta principal sin que tampoco el menor ruido pudiera delatarles, se internaron en el parque.

Los tres. Porque Margot se empeñó, y lo había conseguido, que su marido le ayudara a conseguir sus propósitos.

—Es por aquí —indicó Yvonne.

Y conduciéndoles bastante lejos de la mansión propiamente dicha, les llevó hasta aquel parterre de forma ovalada en cuyo centro crecía un encantador y romántico sauce.

Ya allí, fueron hacia el estanque, cuya quieta y plácida . superficie brillaba con reflejos plateados a la luz de una luna que a ratos se ocultaba y a ratos aparecía, y que, de cualquier forma, sugería la idea de algo hermoso.

—Es por aquí... —repitió Yvonne, y siguió adelante hasta llegar a una glorieta.

Allí había un pequeño surtidor, del que a aquella hora no manaba agua. Permanecía silencioso.

—Es aquí, al pie del surtidor, donde enterré el maletín —informó Yvonne.

—¿Dónde...? —preguntó Margot para saber exactamente a qué atenerse—. ¿En qué lugar concreto? Si lo recuerdas...

—Sí, es aquí... —y el pie de la niña dio unos golpecitos en un lugar determinado.

—Bueno, ahora ya puedes irte a dormir —le dijo Margot sin esperar a más—, Pero no hagas ruido. Nadie debe enterarse de que hemos salido.

—De acuerdo, mamá.

—Anda hija, vete ya —añadió Charles—. Sólo llevas una bata, no vayas a coger frío.

—Buenas noches, papá.

Así que la niña se hubo ido, Margot se arrodilló en el lugar exacto donde su hija le había indicado.

La tierra estaba cubierta de gravilla, por lo que lo primero que hizo fue apartarla y formando un montoncito. De este modo, una vez taponado de nuevo el hoyo que iba a hacer, la gravilla, debidamente colocada, daría apariencia de que allí no había pasado nada.

Cuando la gravilla estuvo ya apartada, Margot se volvió hacia su marido.

—¿Se puede saber a qué estás esperando? Anda, ayúdame.

—Necesitaríamos una pala... —objetó Charles, poniendo peros.

—Tenemos manos, ¿no? —Margot se enojó—. Nos basta y nos sobra...

Ella fue la primera en ponerse a excavar, y lo hizo con brío, con energía, por lo que pronto quedó hecho un agujero.

Mas, por lo visto se trataba de profundizar más, de ahondar más. Aún no se veía el maletín.

—¿No vas a ayudarme...? —recriminó Margot a su marido, quien permanecía a su lado sin decidirse a intervenir.

—No me gusta todo esto... —murmuró Charles—. Te lo he dicho en incontables ocasiones...

—Bueno, lo haré yo... —Margot no quiso perder tiempo; no podía darse el lujo de perderlo.

Siguió sacando tierra, y no sólo en profundidad, sino también por los lados. Quizá la niña no había señalado el lugar exacto y el maletín estuviera algo más a la derecha, o quizá más a la izquierda.

Pero profundizó varios palmos, ahondó mucho más de lo que creyó que iba a ser necesario, y nada. Nada.

Estaba claro que iba a tener que seguir haciéndolo. El maletín aún no aparecía.

Clavaba las uñas con tanto ímpetu en la tierra, con tanto arrebato, que lo cierto es que habían acabado sangrándole. Pero Margot no se

daba cuenta de ello. Toda ella se hallaba presa de una violenta y creciente excitación.

—Nada. Nada... —gimió unos minutos después, deteniéndose mientras jadeaba de un modo lastimoso.

—Ahonda más —dijo Charles.

—Sí, sí...

Y Margot volvió a la carga, con redobladas energías. Era aquel el momento ansiado, inconteniblemente codiciado. ¡No iba a darse por vencida cuando ya solo quedaba lo más fácil!

*

Al salir de la mansión no hicieron el menor ruido. Un sigilo total y absoluto presidió todos sus movimientos.

Pero Carl Harnett, que no se había desvestido, estaba pendiente de Margot y de su marido y de la niña. Principalmente de la niña, pues había comprendido que ella era la protagonista de aquella historia. Bueno, no exactamente la protagonista, pero sí alguien sobre quien giraban y de quien dependían los demás.

No sabía por qué había pensado eso, puesto que la niña no puede ser en realidad más que eso, una niña. Aun así, algo le había puesto sobre aviso. Tenía que no perder de vista a la bonita y simpática Yvonne. De este modo, seguro, llegaría antes al esclarecimiento de los hechos.

Eso de que Yvonne estuviera junto al atajo poco antes de ser asesinado Sam... Eso de que la niña tuviera una personalidad tan definida, tan madura...

Al ver que salían de sus dormitorios, se quedó a la expectativa, pendiente de lo que hacían.

Así que, de momento al menos, no tomó ninguna determinación.

Luego había de tomarla, cuando vio a través de la ventana cómo los tres, Margot, Charles y la pequeña, salían al parque y se internaban en el mismo.

Entonces no se lo pensó más y salió de su habitación, dirigiéndose hacia la de Douglas Pooland.

Llamó.

Douglas Pooland no tardó en abrirle la puerta.

—Creo que debe acompañarme —le dijo Carl.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Carl le explicó de lo que se trataba. De nada definido, de nada concluyente, pero de algo que tenía todas las trazas de precipitar el desenlace del caso.

—¿Usted cree...? —se extrañó Douglas Pooland.

—Sí, lo creo.

—Pero la niña... ¿Qué puede tener que ver la niña en todo este asunto? De veras que no lo comprendo.

—Yo tampoco —reconoció Carl—, Sin embargo, para mí está claro que la niña, de uno u otro modo, es la clave del misterio. Por favor, acompáñeme. Hemos de seguirles y de ver lo que hacen. No veo otro modo de averiguar...

—De acuerdo —se decidió Pooland.

Antes de que Douglas se vistiera, y tardó poco más de medio minuto en hacerlo, Judy se dejó ver en el corredor.

—¿Se puede saber lo que pasa? —preguntó a Carl.

—Te lo diré mañana —respondió éste.

—Ah, no —protestó la muchacha—, quiero saberlo ahora. Y puesto que vais a salir —se refirió también a su tío, que estaba allí, dispuesto a seguir al detective—, yo os acompaño.

—Vale más que te quedes —aconsejó Douglas Pooland—. Parece ser que estamos en un momento decisivo y que...

—Con mayor motivo, tío —afirmó ella—. Me voy con vosotros.

—Bueno, hazlo —accedió Carl—. Pero hemos de seguirles con suma discreción.

—¿Seguirles...? —preguntó, pues no sabía ni adivinaba de qué se trataba.

—A Margot, a Charles, a la niña —le puso al corriente—. Les he visto salir, y como semejante proceder resulta del todo punto insólito... Chiss... chissss... —siseó de pronto—, Yvonne está subiendo la escalera... Se dirige de nuevo a su habitación. No debe vernos.

CAPITULO X

—Nada... Nada... —jadeó de nuevo Margot, y las gotas de sudor resbalaban por sus sienes.

El agujero hecho en la tierra era enorme. Había profundizado muchísimo. Pero todo inútil, el maletín no aparecía.

—Ahonda más —esto mismo lo había dicho Charles poco antes, pero ahora, en esta ocasión, sus pupilas lanzaron un brillo extraño, metálico, que dio a la expresión de su mirada un mucho de escalofriante.

—Temo que no sea este el lugar —murmuró Margot, a quien le había pasado inadvertida la mirada de su marido.

—No, no lo es... —Ia voz de Charles sonó áspera, ronca, y a la vez terriblemente amenazadora.

¡Por primera vez en toda su vida!

Margot levantó la mirada hacia él. Sorprendida, muy sorprendida. No sabiendo qué pensar de aquella voz, que parecía realmente la de otro hombre.

—¿Cómo...? —inquirió.

—Que no, que no es este el lugar —contestó Charles.

—Yvonne ha dicho...

Margot se interrumpió. Su marido acababa de soltar una estentórea carcajada.

—Resulta gracioso, muy gracioso, que te lo hayas creído todo con tanta facilidad... —le dijo Charles.

—¿De qué me hablas? —preguntó ella.

—De nuestra hija. —Y soltó una nueva carcajada—. ¡Mira que creer esa absurda y ridícula historia de reencarnación...! Pero sí, sabía que te creerías cualquier cosa... Cualquier cosa que tú supusieras que había de llevarte a la posesión de ese dinero tan obsesivamente ambicionado... Como sabía, asimismo, que te las ingeniarías para venir de nuevo aquí, a Pamellggors.

A continuación, Charles había de explicar a su esposa lo que ésta, ni por asomos, había llegado nunca a sospechar.

*

Diez años atrás, cuando Douglas Pooland les invitó a pasar una temporada en la mansión, él, Charles, se sintió feliz. Douglas Pooland había sido y seguía siendo su mejor amigo.

No obstante, todo había de complicarse de un modo súbito e inesperado...

Charles conoció a Lauren y se enamoró de ella. Y Lauren se

enamoró de él.

No parecía Charles el hombre idóneo para despertar una súbita pasión, ni quizá tampoco para sentirla. Pero fue así, sucedió. En el fondo, tal vez, sorprendiéndoles a ellos mismos.

De cualquier manera, aquella pasión resultó incontenible irrefrenable, por lo que Lauren decidió abandonar a su marido e irse a vivir con Charles. Este, por su parte, se propuso divorciarse de Margot.

Pero a Lauren le asustó la idea de tener que vivir con pocas posibilidades económicas, algo a lo que no estaba acostumbrada, así que optó por ir al banco y retirar una elevada cantidad de dinero.

Tenía una cuenta indistinta con su marido, de modo que aquello iba a resultarle sencillo.

Lo hizo tal como lo había pensado, y metió el dinero en una bolsa de plástico y ésta en un maletín de cuero. Luego enterró el maletín al pie del encantador y romántico sauce que crecía en medio de un parterre de forma ovalada. Mientras no llegara el momento en que Charles y ella se fueran juntos, allí estaría seguro.

No obstante, empezó a pensar que aquel no era buen lugar y decidió sacar el dinero de allí y enterrarlo en otra parte que le ofreciera más garantías.

Acababa de hacerlo, cuando, poco después, en el salón, se dio cuenta de que Margot la miraba de un modo muy particular. Temió que hubiera adivinado que Charles y ella se amaban.

De todos modos, procuró ir de aquí para allá con naturalidad, con desenvoltura, como si todo fuera bien, como si no pasara nada. Si existía una sospecha, de momento debía hacer todo lo posible por ahuyentarla.

Lo malo fue que Douglas Pooland se enteró de que su esposa había retirado aquella cantidad del banco. Y a Lauren, pues, no le tocó otro remedio que confesar la verdad a su marido.

Una verdad que le dolía, que no le gustaba. Su marido la quería mucho y no se merecía aquello.

Douglas se negó a aceptar el rompimiento y concibió la esperanza de que Lauren cambiaría de parecer si juntos volvían al lugar donde pasaron la luna de miel.

Pero Lauren murió asesinada. A navajazos.

Por lo que respecta a Charles, cuando se enteró de que había sido su propia esposa quien había planeado el crimen, por causa de aquel maldito dinero, hubiera querido que el mundo se abriera y le tragara.

Pero el mundo no se abrió, ni le tragó, y él tuvo que aceptar la pérdida de Lauren, el gran amor de su vida.

Por Margot había sentido cariño, pero nada más. No era lo mismo. Su amor por Lauren era de esos que llenan plenamente toda una vida

y nos hacen creer que el cielo está en la tierra.

Margot le pidió ayuda. La necesitaba para pagar a Sam.

Charles hizo lo que pudo, pero lo cierto es que a partir de ese mismo instante sintió por Margot un odio terrible. Un odio tan grande que no hubiera resistido la tentación de estrangularla con sus propias manos, allí mismo, en la mansión.

Pero cuando empezaban ya a hacerse mortales garfios, oyó la voz de su esposa.

—Estoy embarazada.

Y Charles comprendió que ya no podía estrangularla, que hacerlo significaría matar al ser que llevaba en sus entrañas.

Por lo demás, para cuando nació Yvonne, los deseos de matar a su esposa se habían enfriado, se habían aplacado. Su sufrimiento se había hecho ya más tolerable.

Esto al menos es lo que Charles creyó. Lo creyó durante un año y otro, y otro. Diez en total. Hasta que un día se dio cuenta de que su vida sería un verdadero infierno, un auténtico averno, mientras siguiera soportando a su lado a su mujer.

Fue entonces, en medio del insomnio de noches y noches, cuando se le ocurrió tramar todo aquello.

Yvonne colaboraría con él. La niña actuaría y se expresaría como su padre le indicara; de antemano podía darlo por hecho. Le señalaría la pauta a seguir e Yvonne, seguro, haría lo que él quisiera. Sin dudarlo un solo momento.

Para eso, a Charles le bastaría con prometer a su hija un caballo blanco. Así de sencillo.

—Tu madre no debe saber nada de lo que tramamos —le dijo a la niña—. Ella ha de ser la primera engañada... Quiero gastarle una broma, ya se comprende... No, no debe saber nada —repitió—. Si lo supiera, se enfadaría conmigo y no me permitiría ahorrar el dinero preciso para el caballo blanco... Ya sabes cómo es, el carácter que tiene...

—¡De acuerdo, papá! —Yvonne batió palmas, llena de alegría—. ¡Yo haré todo lo que tú me pidas y a cambio me comprarás el caballo blanco!

Yvonne se avino, incluso, a aprender algunas palabras en inglés. ¿Por qué no? Era una chica lista, despabilada, y eso no resultaba tan difícil. Además, cualquier cosa por conseguir el caballo blanco. ¡Qué envidia iban a sentir sus amiguitas!

*

—Ahora ya lo sabes todo —dijo Charles al llegar a este momento de su explicación, y en sus ojos volvía a haber aquel brillo extraño,

metálico, que daba a su mirada un mucho de escalofriante—. ¡Te odio como jamás creí posible que se pudiera odiar a nadie!

—Entonces... —tembló todo el cuerpo de Margot, mientras permanecía aún de rodillas junto al pequeño surtidor—. ¿Has sido tú el asesino...?

—No tiene sentido —repuso Charles— que el rostro se te contraiga de horror. ¿No fuiste tú quien fría y alevosamente planeó matar a Lauren? Sí, sí —asintió—, he sido yo el asesino de Sam, y antes de su madre —y en su gesto había orgullo, un orgullo que enarbolaba como una bandera triunfal.

—Es espantoso... —empezó a decir Margot, y la verdad es que seguía de rodillas porque, de momento al menos, no encontraba fuerzas para ponerse en pie.

—No veo nada de espantoso en que esté vengando a Lauren —continuó Charles—. La justicia debe imperar y semejante crimen no podía quedar impune. Y como en ese crimen fueron tres personas las que intervinieron...

—¿Tres personas? —preguntó Margot.

—Tú, que lo planeaste todo —repuso Charles, y su voz seguía siendo áspera, ronca, y a la vez terriblemente amenazador—, Sam —prosiguió enumerando a los culpables— que fue la mano ejecutora... Y su madre, que le animó a efectuar el trabajo que tú le encomendabas. ¿No me contaste tú misma que cuando Sam vacilaba, temeroso de meterse en nuevos líos, su madre le dijo: «Si no lo haces, te escupiré en la cara.» Pues sí, fuisteis tres...

—Charles, tienes que disculparme... —tembló la voz de Margot, mientras sus piernas, asimismo temblando, acertaban a incorporarse—. Sé que me porté mal... No debí proceder de aquel modo, pero... pero...

—Lo veo en tu cara —Charles no soltó en esta ocasión ninguna carcajada, pero se rió entre dientes—: estás muerta de miedo... ¡Miedo de que, después de Sam y de su madre, te toque a ti...! Pues claro, claro que ahora va a tocarte a ti...

—No, por favor no... —y Margot, que había dominado a su marido toda la vida, o al menos creía haberle dominado, ahora se sentía incapaz de sobreponerse a todo el desbordante espanto que su sola presencia le inspiraba.

—Me hubiera gustado prolongar tu sufrimiento... Me hubiera gustado —repitió Charles— hacerte creer, hasta lo más profundo de tu ser, que era Lauren, metida en el cuerpo de tu hija, quien cometía esos crímenes... Y quien, en consecuencia, iba a acabar contigo... Para que tu agonía empezara, le dije a Yvonne dónde guardaba Douglas sus cigarrillos, sobre la mesa de su escritorio, dentro de una cajita dorada... Fue un buen golpe de efecto, ¿eh? Le dije también a Yvonne

que debía llevar flores a la tumba de Lauren... Otro golpe de efecto, qué duda cabe... Ya últimamente, le pedí a nuestra hija que saliera del parque y que fuera por el atajo, que pasara por allí... Precisamente a la hora en que yo, claro, me había propuesto acabar con Sam... Pero te has empeñado en precipitar los acontecimientos y ya no es posible que dé más largas al asunto.

—Charles, soy tu esposa —musitó Margot, que ahora sudaba más, muchísimo más que cuando estaba haciendo aquel agujero en la tierra —. Soy la madre de tu hija... No debes olvidarlo...

—¿Me estás pidiendo piedad? —volvió a reírse—. ¿Acaso crees que te la mereces? Oh, no, sólo te mereces que te traten como tú la trataste a ella, a Lauren...

—Si me matas —advirtió Margot, queriendo autodefenderse, y haciéndolo realmente a la desesperada— sospecharán de ti... Y te detendrán, y te juzgarán...

—¿Por qué van a desconfiar de mí? —inquirió Charles—, Además, ¿qué crees que puede importarme ya que me detengan y me juzguen? Me da lo mismo. Yo lo único que he pretendido, y pretendo, es vengar la muerte de Lauren... Date cuenta, ni siquiera me ha importado matar a las víctimas de quince navajazos... Sabía que, haciéndolo así, relacionaba un crimen con otro... Pero he querido eso, precisamente eso, demostrar desde el primer momento que esté presente responde a aquel pasado...

—Pero si me matas a mí y luego te condenan a ti, ¿qué va a ser de nuestra hija? —Sí, se autodefendía a la desesperada.

—Es un poco tarde para que pienses en tu hija —reprochó Charles —, Yo no estoy dispuesto a volverme atrás. Por lo demás, el novio de Judy desconfía de ti, ¿no lo sabías? Varias circunstancias han hecho que le resultes altamente sospechosa.

—No tiene pruebas de nada —arguyó Margot—. Sam y su madre han muerto y...

—Les he matado yo, que no es lo mismo —puntualizó Charles. Y añadió—: Como voy a matarte a ti...

*

La conversación sostenida entre Charles y su esposa, había sido oída por Douglas Pooland, por Carl y por Judy.

Escondidos tras unos arbustos, habían sido testigos presenciales de una historia que se les antojó increíble, inaudita, realmente inconcebible.

Hasta tal extremo inconcebible, que aún parecían no creérsela. Pero sí, la creían. No podían dudar de lo que tan claramente había sido expuesto.

Lo cierto era que esa historia había sido aceptada y creída. Había sido considerada válida.

Y Charles, en consecuencia, había podido llevar adelante su venganza.

Ahora acababa de decir a su esposa: «Como voy a matarte a ti...».

Carl comprendió que era aquel el momento de interventor, y se dispuso a hacerlo. Pero Douglas Pooland esperaba oír todavía algo más, así que le cogió por el brazo y le detuvo por unos instantes.

Fue suficiente esta breve dilación, para que, ya sin poder evitarlo, oyeran el grito de Margot.

Un grito que no pudo ser más espeluznante.

Un grito en el que se alzaba triunfante la guadaña de la muerte.

Un grito horrible, de quien ya ve abiertas las puertas hacia el otro mundo.

Cuando Carl llegó junto a Margot, ésta había recibido quince navajazos.

Costaba de creer, de admitir, que en tan escasos segundos un ser humano hubiera podido llevar a cabo una acometida semejante.

Margot estaba en el suelo, en una postura grotesca. Muerta. Con los ojos totalmente en blanco.

Charles había desaparecido. Lo mismo que si se hubiera volatilizado.

—Ha huido —dijo Douglas Pooland.

—No creo —contestó Carl.

—Pues en algún sitio tiene que estar —intercaló Judy.

—Será fácil dar con él —afirmó.

—¿Sí? —inquirió Douglas Pooland.

—Sí —afirmó Carl de nuevo y agregó—: Le encontraremos en el cementerio. Junto a la tumba de Lauren.

CAPITULO XI

Charles había llegado al cementerio, hasta la tumba de Lauren.

Deseaba decir a Lauren que la había vengado. Una vez se lo hubiera dicho, ya todo le daría igual. Ya nada le importaría.

Junto a la losa de mármol, Charles hincó una rodilla en tierra y ocultó el rostro entre las manos.

Le rodeaba la oscuridad, las sombras de la noche. Sombras temblorosas que parecían vagar de un lado para el otro queriendo hacer compañía a los muertos.

La luna relucía en el cielo, pero sólo de vez en cuando, a intervalos. Había nubes espesas, oscuras, y la luna desaparecía tras ellas.

Charles separó las manos de su rostro y se quedó mirando la inscripción de la losa, deletreando lentamente, poco a poco, el nombre allí grabado.

—Lau...ren... La...u...ren... —Luego respiró más hondo, hasta el fondo de sus pulmones y dijo—: Te he vengado, cariño. Te pido disculpas por no haberlo hecho antes. No sé, no sé cómo he podido esperar tanto... En fin, ya está hecho; de esto se trataba... ¿Estás contenta, Lauren?

Charles respingó.

Acababa de ver cómo la losa se movía, cómo se deslizaba, cómo se desplazaba de lugar.

Quedó, pues, un espacio libre.

Por allí podía pasar cualquiera.

Pero, ¿quién iba a salir de allí dentro, si sólo había una muerta?

¡Salió Lauren!

¡LAUREN!

Pero no era la guapa y atractiva Lauren que Charles conoció diez años atrás, de la que se enamoró perdidamente. ¡Era el suyo un rostro lleno de espanto, de pavor, de ojos desorbitados! ¡Era el suyo un cuerpo encogido, lleno de heridas por todas partes, por las que rezumaba la sangre!

—No estoy contenta, Charles —oyó perfectamente la voz de Lauren—. No has debido hacerlo.

—Te mataron... —le recordó Charles, sobrecogido su ánimo ante aquella inusitada aparición y, asimismo, ante aquellas palabras que habían sido toda una censura—. Ellos tres fueron los culpables...

—Pero procediendo como lo has hecho —dijo Lauren—, te has puesto a su misma altura. Me siento avergonzada de ti.

—¡Oh, no, no digas esto, Lauren! —exclamó Charles—, Todo lo he hecho por ti.

—Pues me has disgustado. Si te he de serte sincera, me has disgustado mucho.

—Dime, dime... —y Charles no salía de su perplejidad, de una perplejidad tan grande que no le cabía dentro—, ¿cómo es que sigues viva? Porque sigues viva, ¿verdad?

—Mientras salga sangre de mis heridas no estaré muerta del todo —le contestó Lauren.

—Te asesinaron hace diez años... ¡Diez años! ¿Cómo es posible que en tanto tiempo, y después de haber sido enterrada...?

—Dentro de poco —le dijo Lauren— habré muerto del todo. Presiento que el momento se acerca. No, no lo lamento. Prefiero morir del todo a seguir viviendo dentro de la tumba... ¡Si supieras qué horripilantes resultan las horas ahí dentro! Horas lentas, inacabables, eternas como una agonía sin fin. No sabiendo nunca cuándo es de noche y cuándo es de día... Mi único consuelo ha estribado —añadió Lauren— en oír las plegarias de Douglas. ¿Sabes lo que te digo, Charles? Creo que Douglas, mi marido, ha sido el único hombre que de verdad me ha amado.

—¡No digas esto, Lauren, por Dios! —exclamó Charles con tono amargo, desolado—. ¡Para mí lo has significado todo! ¡La verdad es que sin ti no puedo vivir!

—De ser así —repuso Lauren—, te aconsejo que me sigas...

—¿Que te siga? —preguntó Charles—, ¿Adónde...?

—A la tumba —contestó Lauren—, De este modo morirás conmigo y juntos esperaremos el momento en que el Cielo te perdone...

—Me parece bien —aceptó Charles.

—Debes pensártelo bien —dijo ella—, porque una vez a mi lado, en la tumba, no te será dado cambiar de parecer.

—No tengo que pensar nada —repuso él—. Acepto encantado tu ofrecimiento.

—Me conmueves... —Lauren sonrió, avanzando unos pasos—. Francamente, no te creía capaz de una respuesta tan valiente.

—Cuando se ama de veras...

—Ahora ya no soy la de antes —puntualizó Lauren—. Supongo que te has dado cuenta. Mi rostro se ha deformado... Debe ser a causa de tanto horror y espanto como he llegado a sentir en esta tumba oscura y fría... Mi cuerpo tampoco tiene la hermosura de otros tiempos... El de ahora está lleno de heridas... Heridas que rezuman sangre y que hacen que casi no me atreva a acercarme a ti...

—Sí, sí, acércate —suplicó Charles—, Para mí no cabe en este mundo un goce mayor que el de tenerte a mi lado.

Lauren se acercó.

Y como sea que la luna apareciera en aquel preciso instante, Charles pudo verla bien. Pudo verla perfectamente.

Pero no se asustó, no se horrorizó. Por el contrario, y con el mismo fogoso amor de años atrás, la estrechó entre sus brazos y la besó en la boca.

El traje de Charles quedó manchado de sangre. También sus manos quedaron rojas.

Charles se miró los dedos, las manos, debía sentir el toque viscoso, desagradable. Pero no hizo comentario alguno. Aquello parecía no tener importancia para él.

—Si quieres —dijo Lauren— puedes cambiar de parecer, no te lo reprocharía. Aún estás a tiempo.

—No deseo cambiar de parecer —rebatió Charles.

—¿Ni aunque te diga donde escondí el maletín de cuero con el dinero? —preguntó ella—. En tal caso podrías ser un hombre rico...

—No necesito ser un hombre rico —aseguró Charles.

—Escondí el maletín —repuso Lauren— junto al estanque en la esquina orientada hacia la glorieta donde se halla situado el pequeño surtidor. Si quieres, ya lo sabes...

—Te lo he dicho ya —insistió Charles—, no necesito ser un hombre rico. Ni siquiera necesito seguir viviendo, esta es la verdad, la pura verdad.

—Entonces, ¿estás decidido a seguirme, a acompañarme?

—Sí, sí...

—¿No tienes miedo de cruzar esa línea donde la vida acaba y la muerte empieza?

—No —porfió Charles—. No tengo miedo de nada. Puedo jurártelo por lo que más quiero... Y lo que más quiero eres tú... Mi querida y adorada Lauren...

—Ven, ven conmigo. —Prendió la mano de Charles, y tirando de él hacia su tumba—. Ya veo que me amas. Me has convencido. ,

La losa de mármol había quedado desplazada de sitio, dejando una brecha por la que fácilmente se podía pasar.

Por allí había salido Lauren.

Y por allí, ahora, iban a entrar los dos.

Antes de hacerlo, no obstante, Charles se percató de que por aquella brecha se movía algo...

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Gusanos —dijo Lauren—. La tumba está llena de gusanos...

—Tu cuerpo no se halla aún en descomposición —observó Charles —. Los gusanos aparecen cuando la carne se pudre, se putrefacta...

—Los hay a cientos —le hizo saber Lauren—. No cesan de pasear sobre mi cuerpo... Ya estoy acostumbrada...

En aquel momento, a Charles le dieron ganas de reír, de reír alto y fuerte, con toda su alma.

¿Y por qué no reírse si le apetece hacerlo? Hubiera sido absurdo

contener la hilaridad.

Y empezó a soltar carcajadas, una tras otra, formando una larga cadena que sólo se interrumpió cuando…

Cuando Charles se dio cuenta de que tenía los brazos cruzados sobre el pecho y de que le habían puesto una camisa de fuerza.

En ese momento ya no estaba en el cementerio, sino en el interior de una ambulancia. Pero desde allí, desde la ambulancia, pudo echar una última ojeada a la tumba de Lauren.

¡Qué extraño! ¡La losa de mármol estaba en el sitio que le correspondía! ¡Daba la sensación de que no se había movido en muchos, en muchos años!

Charles vio a su lado, apenas a un par de pasos de él, a Douglas Pooland, a Judy y a Carl Harnett.

—Usted desconfiaba de Margot, ¿verdad que sí? —le preguntó a éste último. Y antes de recibir respuesta—. Perdóname, Douglas. Te robé el amor de Lauren y sé que te hice mucho daño… A propósito, acabo de hablar con Lauren y me ha dicho… Escondió el dinero junto al estanque, en la esquina orientada hacia la glorieta donde se halla situado el pequeño surtidor…

—¿Se lo ha dicho Lauren? —Ia pregunta corrió a cargo de Carl, que no podía menos de estar mirando con conmiseración al pobre loco que tenía ante sí.

—Sí —aseveró Charles—, ha salido de su tumba y me lo ha dicho… —Y Charles volvió a sentir ganas de reír. A pesar de eso, preguntó de pronto—: ¿Adónde me llevan en esta ambulancia? ¿Y Lauren? ¿Dónde está Lauren…?

CAPITULO XII

El sirviente había cogido una pala y se disponía a hacer un hoyo en el lugar que Douglas Pooland le había indicado.

Pero el sirviente se quedó con la pala entre las manos, esperando recibir la orden de iniciar el trabajo. Le había parecido que su señor se sentía muy poco decidido, bastante remiso, a averiguar si allí dentro había o no lo que se buscaba.

—Es absurdo que tomemos en consideración lo que Charles nos dijo —comentó Douglas Pooland seguidamente, dirigiéndose a Carl y a su sobrina Judy—, Nos habló de que Lauren había salido de su tumba y de que le puso al corriente de dónde escondió el maletín con el dinero... Pero nosotros sabemos que Lauren no pudo decirle nada. Sabemos que todo eso no fueron más que alucinaciones de una mente enferma... ' -

—Al ver ya satisfecha su venganza —consideró Carl—, su resistencia no pudo más y se hundió en el negro pozo de la demencia. Aunque es muy posible que su cordura, sin él mismo darse cuenta, se hubiera ido deteriorando a través de esos diez años... Deteriodo que abocó en un deseo vehemente e irrefrenable de matar a los culpables...

—Siendo así —dijo Judy—, opino como mi tío, es absurdo que tomemos en consideración...

—Yo creo —manifestó Carl, interrumpiendo a la muchacha— que Charles no nos dijo una cosa por otra. Nos dijo lo que es cierto.

—No resulta fácil aceptar que una persona pueda informar de nada después de diez años de estar muerta —opuso Judy.

—Yo no he dicho eso —aclaró Carl.

—Entonces, ¿qué ha querido decir, señor Harnett? —preguntó Douglas Pooland.

—Muy sencillo —repuso el joven detective—. Lauren debió decir a Charles, en su momento, a su debido tiempo, dónde había escondido por segunda vez el maletín con el dinero. Charles ha debido saber, pues, durante todos estos años, dónde se hallaba... Y su único consuelo, su única satisfacción ha debido estribar en no decírselo nunca a su esposa... Ya perdida la razón —añadió Carl— y en medio del delirio de ver la imagen de Lauren abandonando su tumba, un atisbo de cordura, empero, ha debido de entrar en su cerebro... En ese momento Lauren le ha informado de lo que él ya sabía...

—Sí, claro, de eso debe tratarse —asintió Douglas Pooland, aceptando como muy probables tales razonamientos.

—Sí, claro —asintió a su vez la muchacha.

Douglas Pooland acababa de recordar que la pequeña Yvonne

estaba en la biblioteca, esperándole. Le había dicho que tenía que hablar con ella. ¿De qué forma lo haría…? Era fácil adivinarlo. Le ofrecería la mansión, como su nueva casa, y acabaría prometiéndole un caballo blanco.

—Empiece —ordenó Douglas Pooland al sirviente que seguía con la pala en las manos.

Poco después el maletín de cuero había aparecido ante los ojos de quienes se hallaban allí.

Un maletín roto, totalmente deteriorado a causa de haber permanecido tanto tiempo bajo tierra. Pero la bolsa de plástico había contribuido eficazmente a que los billetes corrieran mejor suerte.

Douglas Pooland contó el dinero.

—Ni una libra menos, ni una más, exactamente la cifra que Lauren sacó del banco —dijo acto seguido. Y no necesitando pensárselo mucho, añadió—: Daré este dinero para obras de beneficencia. ¿Te parece bien, Judy?

—Claro que sí, tío —respondió la muchacha.

—Mirándolo bien —aclaró Douglas Pooland—, es lógico que pida tu consentimiento. Tú vas a ser mi heredera.

—Vaya, vaya… —sonrió Carl Harnett—. ¡Pues sí que voy a hacer una buena boda!

—Ah, ¿pero es que te vas a casar conmigo? —preguntó Judy, más dichosa que asombrada.

—Sí, claro que sí —afirmó él—. Pero te lo advierto, yo seguiré trabajando como detective. Es mi profesión, ¿comprendes?

FIN